

© Eugenio Aguirre, Agustín Sánchez González, Armando Bartra, Bernardo Fernández BEF, Jorge Belarmino Fernández, Benito Taibo, Luis Tomás Cabeza de Vaca, Marco Antonio Campos, Carmen Aristegui, Claudia Guillén, Cristina Pacheco, Héctor Díaz Polanco, Eduardo Langagne, Epigmenio Ibarra, Laura Esquivel, Rafael Barajas “El Fisgón”, Fritz Glockner, Juan Gelman, Guadalupe Loeza, Rogelio Guedea, Francisco Hagheneck, Luis Hernández Navarro, Rafael Ramírez Heredia, Helguera, Saúl Ibargoyen, José Emlio Pacheco, Jenaro Villamil, Jorge Moch, Helio Flores, Julia Rodríguez, Leo Eduardo Mendoza, Hernández, Mónica Lavín, Huidobro, Mariluz Suárez, Carlos Monsiváis, Carlos Montemayor, Eduardo Monteverde, Eduardo Mosches, Humberto Musacchio, Óscar de la Borbolla, Óscar de Pablo, Francisco Pérez Arce, Eduardo Antonio Parra, Pedro Salmerón, Elena Poniatowska, Sanjuana Martínez, Rius, José Alfonso Suárez del Real, Paco Ignacio Taibo II, Thelma Nava, Víctor Luis González, Armando Vega-Gil, Juan Villoro y José Luis Zárate.

Enero 2013

Ésta es una publicación de Para Leer en Libertad A.C.

brigadaparaleerenlibertad@gmail.com
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Antologadora: Paloma Saiz Tejero.
Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez.
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.
Ilustración cortesía de Huidobro

**3 AÑOS LEYENDO
EN LIBERTAD**

Secreto a voces

Mónica Lavín

Seguramente alguien ya lo había leído. Irene no lo encontró en su mochila, donde a veces lo traía con el temor de que en casa su hermano lo abriera. El diario no tenía llave, así es que lo sujetaba con una liga a la que colocaba una pluma —del plumero— con la curva hacia el lomo de la libreta. De esa manera, cualquier cambio en la colocación de la pluma, delataba una intromisión. Nunca pensó que en la escuela alguien se atrevería a sacarlo de su mochila.

Se acordó de la tía Beatriz con rabia. Cómo se le había ocurrido regalárselo. “A mí me dieron un diario a los quince años, así es que decidí hacer lo mismo contigo.” Deseó no haber tenido nunca ese libro de tapas de piel roja. Ahora estaba circulando por el salón, quién sabe por cuántas manos, por cuántos ojos.

Miró de soslayo, sin atreverse a un franco recorrido de las caras de sus compañeros que resolvían los problemas de trigonometría. Temía toparse con alguna mirada burlona, poseedora de sus pensamientos escondidos.

Repasó las numerosas páginas donde estaba escrito cuánto le gustaba Germán, cómo le parecían graciosos esos ojos color miel en su cara pecosa y cómo se le antojaba que la sacara a bailar en las fiestas del grupo. Más lo pensaba y se

ponía colorada. Menos mal que había notado la pérdida en la última clase del día. No podría haber resistido el recreo, ni las largas horas de clases de la mitad de la mañana, sabiéndose entre los labios de todos y que su amor por Germán era un secreto a voces.

Justo el día anterior, Germán se había sentado junto a ella a la hora de la biblioteca. Debían hacer un resumen de un cuento leído la semana anterior. Como no se podía hablar, Germán le pasó un papelito pidiendo ayuda. “SOS, yo analfabeta.” Con dibujitos y flechas, Irene le contó la historia que Germán a duras penas entendía y se empezaron a reír. La maestra se acercó al lugar del ruido y atrapó el papelito cuando Germán lo arrugaba de prisa entre sus manos. La salida de la hora de biblioteca les valió una primera plática extra escolar y dos puntos menos en lengua y literatura.

Todo eso había escrito Irene en su libreta roja el miércoles 23 de abril, mencionando también qué bien se le veía el mechón de pelo castaño sobre la frente y cómo era su sonrisa mientras le pedía disculpas y le invitaba un helado, el viernes por la tarde, como desagravio. Los mismos latidos agitados de su corazón al darle el teléfono, estaban consignados en esa última página plagada de corazones con una G y una I que ahora, todos, incluso el mismo Germán, conocían.

Al sonar la campana, abandonó de prisa el salón, y hasta fue grosera con Marisa.

—¿Qué te pasa?, parece que te picó algo.

—Me siento mal —contestó sin mirarla siquiera y preparando su ausencia del día siguiente.

En la casa, por la tarde, recordó ese *menjurje* que le dieron una vez para que devolviera el estómago. Agua mi-

neral, un pan muy tostado y sal; todo en la licuadora. Cuando llegó su madre del trabajo, la encontró inclinada sobre el excusado y con la palidez de quien ha echado fuera los intestinos.

Pasó la mañana del viernes en pijama, intentando leer *El licenciado Vidriera*, que era tarea para el mes siguiente, pero decidiéndose por *Los crímenes de la calle Morgue*, pues al fin y al cabo no pensaba volver más a esa secundaria. Poco se pudo concentrar, pensando en las líneas de su libreta que ahora eran del dominio público y planeando la manera de argumentar en su casa un cambio de escuela. Era tal su voluntad de olvidarse del salón de clases, que ni siquiera reparó en que era viernes y que había quedado con Germán de tomar un helado hasta que sonó el teléfono.

—Te llama un compañero, Irene —gritó su madre.

No pudo negarse a contestar, habría tenido que dar una explicación a su madre, así es que se deslizó con pesadez hasta el teléfono del pasillo.

—Lo tengo —gritó para que su madre colgara.

—Bueno.

—Hola, soy Germán. ¿Qué te pasó?

—Me enfermé del estómago.

—¿Y todavía te animas al helado? —se le oyó con cierto temor.

Irene se quedó callada buscando una respuesta tajante.

—No, no me siento bien.

—Entonces voy a visitarte —dijo decidido—, así te llevo el tema de la investigación de biología. Nos tocó juntos.

No tuvo más remedio que darle su dirección, bañarse a toda prisa y vestirse. Esa intempestiva voluntad de Germán

por verla era una clara prueba de que la sabía suspirando por él. Ahora tendría que ser fría, desmentir aquellas confesiones escritas en el diario como si fueran de otra.

Germán llegó puntual y con una cajita de helado de limón pues “era bueno para el dolor de estómago”. Irene se empeñó en estar seca, distante y sin mucho entusiasmo por el trabajo que harían juntos. La cara de Germán fue perdiendo la sonrisa que a ella tanto le gustaba.

Antes de despedirse, y con el ánimo notoriamente disminuido después de la efusiva llegada con el helado de limón, Germán le pidió el temario para los exámenes finales pues él lo había perdido. Irene subió a la recámara y hurgó sin mucho éxito por los cajones del escritorio y en su mochila. Se acordó de pronto que apenas el jueves había cambiado todo a la mochila nueva. Dentro del clóset oscuro, metió la mano en la mochila vieja y se topó con algo duro. Lo sacó despacio, era el diario de las tapas rojas con la curva de la pluma hacia el lomo.

Bajó de prisa las escaleras.

—Lo encontré —dijo aliviada—, pero el temario no.

Germán la miró sin entender nada.

—Es que ya no iba a volver a la escuela —explicó turbamente. —¿Quieres helado?

—Ya me iba —contestó Germán, aún dolido.

—No, todo ha sido un malentendido. No te puedo explicar, pero quédate, por favor —intentó Irene.

—Está bien —contestó Germán con esa sonrisa que a ella tanto le gustaba y el mechón castaño sobre la frente, sin saber que esa tarde quedaría escrita en un libro de tapas rojas.

Metro Balderas

Agustín Sánchez González

Para Rockdrigo González

Para los otros muertos

El edificio, como tal, ya no existía. Llegó de la capital cubana a las doce cuarenta. Cinco horas después, habría de arrepentirse. Se hallaba en una librería, en la Rampa; Radio Reloj interrumpió sus transmisiones para informar que la ciudad de México había desaparecido. Dejó el libro que hojeaba y echó a correr rumbo al hotel Vedado. Como cuando hacía casitas de arena en la playa y luego las desbarataba a pedradas, tal fue la impresión que le causó mirar el viejo edificio de San Cosme. En el lobby del hotel no se comentaba otra cosa; ahí volvió a escuchar: “Un gran terremoto azotó a la ciudad de México. La capital azteca no existe más. Desde el edificio que ocupa Prensa Latina, podemos observar que la única construcción que sigue en pie, es la nuestra”. En el aeropuerto mexicano consiguió una moneda para hablar por teléfono, pero no fue necesario: ese día el servicio era gratuito. En una esquina de la Alameda trató de reconstruir avenida Juárez,

la misma por donde años atrás solía gritar: *jese hotel será hospital!* Desde el Vedado intentó comunicarse a México sin ningún éxito. Varios de sus compatriotas lloraban en el bar del hotel. *Bajo la metralla*, le costó trabajo recordar la última película que vio en el cine Regis. Junto al parque Copelia se instaló un vehículo sanitario para que los cubanos donaran sangre. Una semana después, aún se recogían cadáveres y escombros. Ni la embajada mexicana tenía contacto con el país. Estaba deprimido, sin poder llorar; dos botellas de ron no lo emborracharon, pensaba en su ciudad, en su familia y sobre todo, en ella; consiguió un viaje de trabajo en La Habana, intentando olvidarla, pero era imposible: allá la recordaba más. El sábado se enteró de que sólo era el Centro, supo de su colonia y lloró; Caridad, a quien conoció en Guanabacoa, no pudo controlarlo y terminó llorando con él. Se encaminó al Sorrento, pero no hubo vino tinto, ni tampoco ella y en sus reconciliaciones, sólo halló piedras y un gran solar. Sintió un enorme vacío en su casa, puso el disco de Rockdrigo González: *Cuando tenga la suerte, de encontrarme la muerte, yo le voy a pedir, todo el tiempo vencido por un distante instante, un instante de olvido*. El pinche de Rockdrigo que un mes antes le había deseado feliz navidad por si no se volvían a ver; tantas noches de ron y de rock haciendo planes que nunca realizaron juntos, pensaban que la vida era larga. Había invitado a Caridad a conocer México, “deveras, el centro se parece a La Habana vieja”. Se entristeció al no hallar su vieja cantina, Los Portales: se acabaron las truchas y cervezas luego de cada manifestación, tampoco estaba ella para recriminarle su filiación comunista; el restaurante Edén, donde juntos comían berenjena, garbanza, alambre de car-

nero y pan de natas; el viejo edificio de San Cosme, lleno de largas jornadas de amor y desamor; la Roma, Tepito, la Merced, avenida Juárez, ¿qué quedaba? Tenía ganas de regresar a México pero tenía miedo. En el malecón de La Habana violó *la moral comunista* al hacer el amor con Caridad; jamás pensó que sería la última vez, el último momento placentero de sus treinta años de vida. Abordó el metro en Bellas Artes, en cuanto el tren salió a la superficie, miró un panorama desolador y deprimente: San Antonio Abad estaba en ruinas. Bajó en Xola y regresó a comprobar lo visto. Estuvo a punto de quedarse a vivir en La Habana, pues le ofrecieron prolongar su contrato de trabajo, regresó para proponérselo a su mujer y volver a intentarlo, sin saber que ella lo había excluido de su vida. No logró transbordar en Pino Suárez y fue hasta Hidalgo, tomó la dirección Universidad. En Balderas se lanzó a las vías pensando encontrar a su amor...

La trayectoria política de Ricardo Flores Magón

Armando Bartra

Primeros pasos:

Reflujo del movimiento obrero y agitación estudiantil.

Un joven estudiante de Leyes se dirige a un mitin constituido por más de trescientos compañeros de la preparatoria y las escuelas superiores. Habla de opresión, de dictadura. Hay ira, excitación.

Alguien pide directivas concretas.

El orador propone difundir entre el pueblo la denuncia del régimen, llama a que se organicen brigadas de información de dos o tres compañeros y recorran la ciudad haciendo mítines-relámpago. Alerta contra la represión policiaca.

En los días siguientes la ciudad es escenario de enfrentamientos entre los estudiantes y la policía, y choques entre las brigadas y grupos de golpeadores de las organizaciones obreras patrocinadas por el gobierno. Finalmente, el ejército sale a la calle y en un tumulto frente al Palacio

Nacional más de sesenta estudiantes son aprehendidos, entre ellos el joven orador del mitin. Un mes después la presión popular obliga al gobierno a ponerlos en libertad.

El dirigente estudiantil es Ricardo Flores Magón, tiene veinte años, corren los días de marzo de 1892 y se está dando una de las primeras luchas contra el continuismo de Porfirio Díaz en el poder.

El ámbito pequeñoburgués de las primeras actividades de RFM no es casual. Durante las dos últimas décadas del siglo pasado la clase media ilustrada fue el refugio de una oposición política al régimen mínimamente organizada, mientras que la clase obrera no parecía ofrecer una perspectiva inmediata de acción.

En las décadas anteriores, el movimiento obrero mexicano había aparecido ya en la palestra política, sin embargo, en los últimos veinte años del siglo XIX entró en un profundo reflujo y sus organizaciones se desmembraron en una crisis total.

Con la formación en 1872 del Gran Círculo, el movimiento obrero había recibido un enorme impulso. La organización llegó a contar con más de 12 mil afiliados y en 1876 estaba constituida por 35 sucursales en 14 Estados de la República. Publicaba un buen número de periódicos, entre los que destacaban *El Socialista* y *El Hijo del Trabajo*. Sin embargo, a partir de 1878 el asalto al poder del grupo porfirista interrumpe este vigoroso ascenso.

La dictadura porfirista inaugura en México la política de represión al movimiento obrero independiente, combinada con el control gubernamental sobre las organizaciones de trabajadores. Para 1879 esta política se

3 años leyendo en libertad apunta su primer éxito y el Gran Círculo cae en manos del grupo encabezado por Carlos Olaguibel, auténtico precursor de nuestro “charrismo”, y fundador de la estirpe de Morones y Velázquez (años después, este agente del gobierno tendría un puesto en la Secretaría del Fomento, en recompensa a sus “méritos” en el movimiento obrero).

Un grupo de militantes del Gran Círculo lucha durante un tiempo por redemocratizar su organización y finalmente se escinde para formar un nuevo núcleo, el Congreso Obrero, que continúa publicando *El Socialista*. Sin embargo en 1888 el periódico deja de salir y para 1892 la organización prácticamente ha desaparecido.

Así, RFM nace a la vida política en un panorama en el que están ausentes los trabajadores organizados, mientras que el movimiento estudiantil se muestra activo y desata sucesivas oleadas de lucha (auge 1872- 1893, reflujo 1894- 1898, nuevo ascenso 1899- 1901). En estas condiciones su vocación revolucionaria tendrá que recorrer una trayectoria que partiendo de la pequeña burguesía radical se revierte, ya iniciando el siglo, en un movimiento obrero otra vez combativo.

(Tomado del libro *La Oveja Negra*, Ed. Para leer en Libertad)

1873

Bernardo Fernández BEF

Doce de junio.

El gran día.

Diez años del Imperio.

La fiesta más importante de la vida de Maximiliano I de México y, sin embargo, todo estaba saliendo mal. Aquella mañana, al ducharse, el Emperador descubrió que no había agua caliente en el Castillo de Chapultepec. Los sistemas hidráulicos de Palacio, controlados por el cerebro mecánico central, simplemente se negaron a escupir otra cosa que no fuera agua helada.

Los días de campaña en la marina le habían enseñado a resistir esas carencias, no así a la Emperatriz, a quien el baño frío produjo una aguda recaída de ánimo.

Mientras el valet imperial vestía al monarca, éste podía escuchar a su esposa emitir unos alaridos pavorosos desde la tina.

—Quizá sería buena idea administrar una pequeña dosis de morfina a Carlota, padre— murmuró a su secretario particular con los ojos cerrados. —Tan sólo un golpecito.

—Lo dispondré de inmediato, Max— repuso Fischer, dando de inmediato la orden a un androide enfermero. Sin

3 años leyendo en libertad
embargo, éste fue hacia ella y le propinó una bofetada que derribó inconsciente a la Emperatriz.

El jefe de sistemas de Palacio no podía explicar el equívoco funcionamiento del androide, que fue desactivado en el instante a patadas por el propio Emperador.

Todo parecía estar en su lugar, pero salía mal.

Una hora más tarde, el príncipe de Salm Salm sugirió de última hora cambiar los planes, de manera que el Emperador no encabezara el desfile militar que iría del Castillo de Chapultepec hasta la Plaza Mayor de la ciudad.

—Le sugiero que lo presida desde el balcón imperial, señor, todas estas fallas me parecen muy sospechosas— murmuró el ministro al oído del Emperador mientras éste intentaba beber un líquido inmundo que la cafetera había vomitado en la taza de Maximiliano.

Al ver a las damas de compañía esforzarse en disimular el moretón en el rostro de Carlota, el Emperador decidió que era mejor no arriesgarse a sufrir ningún atentado. Estarían más seguros en el balcón.

—Félix —dijo a su ministro—, comunícame con el general Miramón. Quiero que redoblen la seguridad.

—Sí, Su Majestad.

La llamada tardó más de quince minutos en conectar con el secretario de Guerra. La plática resultó prácticamente incomprensible por la estática que chasqueaba a través de la línea.

—Algo está pasando, Padre —dijo nervioso el Emperador a Fischer, instantes antes de salir al balcón— y no me gusta nada.

El sacerdote sólo alcanzó a murmurar una respuesta incomprensible. El miedo podía leerse en su rostro.

Sólo hasta que Maximiliano Primero de Habsburgo, Archiduque de Austria, Emperador de México y el Caribe, salió al balcón del Castillo de Chapultepec, acompañado de una Emperatriz Carlota Amelia completamente sedada, comprendió la dimensión de lo que ocurría en ése, su Imperio, que de pronto no parecía tan próspero ni tan pacífico como lo declaraba todas las noches el noticiero oficial, o como lo pregonaban la prensa oficialista y los voceros del gobierno.

Ante los ojos aterrados del monarca, uno de los dirigibles que desfilaban en los cielos a la par de las fuerzas armadas se desplomó pesadamente sobre la vanguardia del ejército imperial mexicano, aplastando al primer batallón de soldados mecánicos, al secretario de Guerra y al subsecretario Mejía, junto con la plana mayor de oficiales de la armada imperial.

El dirigible estalló en llamas donde el propio Emperador encabezaría a su ejército, frente a una multitud que huía del fuego, despavorida.

La confusión de Maximiliano aumentó cuando escuchó repiquetear su teléfono portátil. Sólo Carlota, el Padre Fischer y Félix de Salm Salm tenían acceso a la línea directa que comunicaba con su aparato. Los tres estaban ahí, junto a él, observando cómo el caos se apoderaba de la ciudad.

Aturdido, Maximiliano contestó.

—Diga.

Era una voz conocida, su tono grave y severo, inconfundible, si bien con cierta reverberación metálica que la hacía sonar artificiosa, mecánica. Inhumana.

—Señor Maximiliano. Nos volvemos a encontrar.

—¿Juárez?

—Hasta yo mismo pensé que jamás volvería a pisar mi suelo, a oler mi tierra. Bueno, no creo volverlo a hacer, no en las condiciones en que me encuentro. Pero he vuelto.

—¡No puede ser! ¡Usted está muerto! ¡Vi las fotos que tomaron mis agentes en Nueva Orleans!

—Mi querido Emperador, perder una batalla no es perder la guerra. Esta vez, los rebeldes llevamos la ventaja. Recuerde que la mala yerba no muere. Sólo se... digitaliza.

—¿De qué habla usted? ¡¿Juárez?! ¡¡Hable!!

La comunicación se había cortado.

Fue el Padre Fischer quien llamó la atención de Maximiliano hacia el cielo.

En cada uno de los dirigibles, la imagen del sonriente Emperador se desdibujaba para ser sustituida por el rostro adusto de un indio zapoteca. La frase “1863- 1873 Diez años de prosperidad” desapareció para formar las palabras “México para los mexicanos”.

Maximiliano pudo escuchar cómo allá abajo, en el Paseo Imperial, la muchedumbre rompió en un aplauso ensordecedor mientras en cada una de las pantallas el rostro de Juárez sonreía, ladino.

(Con el perdón del Conde de Lautrémont)

Tiempo de guerra

Jorge Belarmino Fernández

Apasiona leer los relatos militares. Las batallas son un juego de alternativas infinitas en potencia, que se desarrolla sobre un tablero que presenta sorpresas a cada paso, por los numerosos, a ratos decisivos accidentes de la tierra. Los momentos y las acciones particulares son a montones e influyen uno a uno en un resultado que depende de muchas, diversas inteligencias y corajes a lo largo de horas o días. Con frecuencia, por más o menos prolongados plazos el grueso de las tropas sirve como simple contención y el destino se decide en un pequeño punto o en un movimiento que parece secundario, y siempre hay una sucesión imprevisible de coyunturas determinantes. El sentido de mera emoción termina cuando se recuerda que hablamos de seres humanos y no de piezas.

Las guerras europeas acostumbran convocar a ejércitos de sesenta, cien mil hombres y más, de cada lado, y en la que inicia en Matamoros y sus cercanías se ponen en acción apenas unos nueve mil en total. No hay pues relación

3 años leyendo en libertad en cuanto al volumen del drama, pero sí respecto al tono. La masa de soldados de infantería, de a caballo o que sirven a los cañones, a lo largo de día y medio formarán un universo de incontables instantes y emociones sin futuro, en el cual el presente reclamará todo, alcanzando extremos que nadie más que un combatiente puede experimentar. La sangre, el dolor y la muerte presidirán cada momento, en un espacio donde el mundo se agota. El miedo, el coraje, la conciencia de la patria, la obediencia, los recuerdos, estarán marcados por ellos, creando un espectáculo que apenas podemos imaginar: de ruidos, de voces, de cuerpos atravesados aquí y allá, a veces en grandes boquetes o rajaduras que dejan al descubierto las entrañas, por un petardo, una espada, una lanza, la multitud de desechos que produce una bala de cañón, entre miembros semidesprendidos o cercenados: piernas, brazos, ojos, cabezas.

Es una historia que ha empezado con la resquebrajadora del ritmo habitual. Para cuando el asunto está a punto de empezar, Matamoros y sus cercanías han de vivir una borrachera que contagia a los pájaros, a los perros, a los gallos, a los burros, a la pequeña fauna del lugar, quienes intercambiarán anuncios, mudarán temporalmente de hogar o padecerán la angustia de saber que no podrán escapar a lo que se presagia. Hombres, mujeres y animales deben dejar un hedor que retroalimenta las pasiones, y las voces subirán de tono, el contacto con los otros irritará o apremiará. ¿Cuánto deseo carnal, por ejemplo, se despierta y contiene o se cumple en esas horas o días previos, sin importar el sexo o incluso la especie? La vida entra pues en un estado de perturbación por el cual el tiempo y el espacio tienen sentidos distintos a los con-

vencionales. Un segundo puede ser interminable, y un centenar de metros equivaler a kilómetros. Durante el combate cuerpos y mentes se moverán a una velocidad y con una lógica aparentemente inconcebibles. Los actos más comunes —agacharse, voltear, tomar un objeto— se acelerarán hasta el límite de lo posible, y las manos, las cabezas, los torsos, los pies, las bocas, los ojos, adoptarán formas extrañas, como si en lugar de hombres lo que hubiera allí fueran caricaturas con vida que, de poder penetrar en ellas, descubrirían una multitud de realidades contrahechas en las miradas alteradas por emociones que llegan al extremo y agrandan o empequeñecen, iluminan u opacan las cosas, o que despiertan auténticas alucinaciones.

Pareciera que ni por un momento siquiera la sensatez pudiera abrirse paso, porque no cabe allí, porque desatinada, se vuelve ridícula, y que las ideas y los estados de ánimo se exaltan con una fugacidad extraordinaria y se contradicen, casi minuto a minuto, sin responder necesariamente a lo que sucede alrededor. Valor y estupidez, mesura y locura, comedimiento y arrojo, exaltación y postración, miedo y entereza, egoísmo y fidelidad, asombro e indiferencia, optimismo y pesimismo, respeto y desprecio, placer y dolor, se confunden, entre una excepcional excitación del olfato, del oído, del tacto.

Da la impresión así de que la guerra se acerca, como ninguna otra cosa, a la realidad que subyace en el instante y que es aprensible sólo por el subconsciente. Nada parece entonces más cercano a los sueños. Por ello, sin duda, los ejércitos están contruidos sobre una reglamentación particularmente rigurosa, que intenta borrar cuan-

3 años leyendo en libertad
to puede de las emociones, o contenerlas y aprovecharlas. Todo indica que la soledad, como conciencia y como realidad, es el estado más acusado y pertinaz, y que de allí viene el esfuerzo por borrar la personalidad del recluta y de transmitirle la idea de disolverse en un ente colectivo.

Benito Taibo

Nos iremos despacio

Nos iremos despacio haciendo viejos,
despacio olvidando las mañanas
del amor con las ventanas
entreabiertas,
y el viento entrando a nuestra cama.

Nos iremos sabiendo que la vida
nos dio paz, victorias, primaveras,
nos iremos despacio como entramos
con la alegría de sentirnos en la entraña.

Nos iremos querida compañera
pasando por los años, por la rabia
nos iremos despacio haciendo viejos
a golpes de recuerdos y de calma.

Nos iremos sabiendo que la vida,
nos dio paz, victorias, primaveras,
nos iremos despacio como entramos
con la alegría de sentirnos
en la entraña.

Ya vienen por mí

Luis Tomás Cabeza de Vaca

En 68 estábamos muy mal preparados políticamente. Algunos compañeros teníamos muchos pantalones, mucho corazón, pero a veces nos fallaba la cabeza y la preparación. Creíamos que la lucha política era más simple y que bastaba ver de qué cuero salían más correas para saber quién tenía la razón. Y esa posición mía, era la de muchos. No la de El Búho, ni la de Heberto Castillo, Guevara Niebla o Raúl Álvarez, porque ellos ya habían pertenecido a las Juventudes Comunistas, tenían preparación, al igual que Marcelino Perrelló.

Hasta qué punto no llegaría nuestra ignorancia que cuando sentíamos que se nos cerraba la encrucijada, recurríamos al “¿Qué hacer?” de Lenin. Aunque los burócratas sí nos apoyaban, muchos nos quejábamos de que los obreros no participaran. Hoy lo entendemos. No había un partido político, de clase, ni teníamos un plan para cambiar las estructuras. Había un plan demócratoide por todos conocido que no afectaba al Estado ni económica, ni política, ni socialmente. Lo único que podíamos afectar era la posición de autoridad del gobierno.

Aunque algunos compañeros han escrito sobre el 68, está claro que no se ha estudiado el movimiento a fondo. No se han visto sus causas lógicas desde un punto de vista político, económico, antropológico. No se ha seguido la secuencia del movimiento en provincia. Se ha quedado en la anécdota, en la cronología, pero falta análisis. Para el 2 de octubre yo ya estaba preso. Cuando el Ejército entró a CU de inmediato comenzaron a detener estudiantes. Yo estaba en Filosofía y Letras, vi venir a unos soldados y escapé metiéndome al sótano. Escondido en la oscuridad, me refugié atrás de un pilar. Veía cómo bajaban las botas de los soldados, que me buscaban con lámparas. Sentía que mi corazón hacía un escándalo que llegaba hasta las escaleras y creí que me iban a descubrir.

Las luces me pasaban por enfrente y no podía contener la respiración. Salieron del sótano y a oscuras quedé un rato que me pareció eterno. Subí cuando ya no oía ruido. Me encontré un periódico encima de uno de los escritorios. Lo tomé y me lo puse debajo del brazo. Todo estaba rodeado de soldados. Prendí un Delicado para serenarme. Me temblaba la mano. Comencé a caminar cuando en eso, el primer grito: “¡Alto. Deténgase!” En lugar de huir, caminé de frente al sargento. “¡Identifíquese!” “Soy un trabajador de la Universidad que me quedé atrapado desconectando unos aparatos.” “¡Váyase!”, me dijo. “Tenga cuidado.” Caminé de nuevo tratando de aparentar seguridad. Subiendo por Insurgentes vi un jeep lleno de encorcholados. Paracaidistas. Otra vez: “¡Identifíquese!” Eran puros jefes. “Súbase”. Me subí al asiento de atrás y pensé: “Ora sí ya se acabó todo el cuento”.

La barrera de soldados llegaba hasta la Villa Olímpica. Cuando la pasamos, me dice uno de los jefes: “Bájese, que le

vaya bien. Y tenga mucho cuidado, no le vayan a dar en la madre esos cabrones estudiantes”. Me refugié en la casa de un amigo, donde a los pocos días me enfermé de disentería amibiana. Mandé llamar al médico del movimiento a través de Ajax Segura. Nadie más sabía dónde estaba. Era un supuesto estudiante de una prepa fantasma; después supimos que trabajaba para la Federal de Seguridad. Al día siguiente, 27 de septiembre, fueron por mí como 20 cabrones, en cinco carros. Me agarraron 10 días después de la ocupación de CU.

De la Federal de Seguridad me entregaron a un juez. Yo siempre he creído que la matanza del 2 de octubre estuvo preparada de antemano por el gobierno y el Ejército. En Lecumberri éramos un madral. Las celdas humeaban. Casi nunca nos sacaban, pero el 2 de octubre en la mañana nos sacaron a hacer fajina. Mientras hacía la limpieza, un policía me preguntó: “Oiga, ¿usted es fulano?” “Sí.” “Pues ya se lo cargó la chingada.” En una celda habían escrito: “Chingue a su madre el asechino de Díaz Ordaz. Su padre, Cabeza de Baca”. Pero ni mi apellido lo escribo con *b* grande, ni asesino con *z*. Me hicieron borrar aquello con la lengua y con la cara. Ese día me separaron de los demás compañeros.

Como a las diez de la noche me sacaron de Lecumberri y me entregaron a los militares. Ahí me estuvieron dando suave desde las 10 hasta las 6 de la mañana, que me regresaron. Después me pasé una semana obrando y orinando sangre, por los golpes internos. Tenía una cortada en el escroto por un simulacro de castración. También me hicieron un simulacro de fusilamiento y luego me madrearon de dulce, de chile y de manteca. Todo lo que querían estos cabrones era que involucráramos a gobiernos extranjeros y a funcionarios del equipo de Díaz Ordaz. Ya estaba muy cerca la

sucesión presidencial y querían que uno denunciara a sus compañeros, pero eso sí no se pudo.

Otra vez en Lecumberri, me metieron en una celda de metro y medio por dos metros, con planchas de acero por todos lados, y arriba había un agujerito. Ahí me pasé un mesecito incomunicado. No nos daban de tragar más que una taza de atole en la mañana y otra en la tarde. Sin cobijas ni nada, me pusieron un bote de cuatro hojas, de esos de alcohólicos, para que hiciera mis necesidades y no me lo cambiaron nunca. ¿Sabes lo que es eso? No te lo puedes imaginar. Quedé muy jodido, la neta. Nada más oía: “¡Las diez de la noche!” y yo haz de cuenta que fuera un perro de Pavlov. Ya vienen por mí, me van a madrear.

Entonces me hacía chiquito, comenzaba a temblar y llore y llore. Prácticamente no dormía. Dormía de día pero con sobresaltos. La cosa mejoró cuando pude estar con los demás compañeros. Heberto estaba todo el tiempo chingue y jode: “Nos quieren dar en la madre psicológicamente, así que vamos a hacer ejercicio físico y a estudiar”. Cuando un grupo de campesinos jaramillistas y otros compañeros presos formamos un grupo de estudio, para analizar los movimientos de reforma, la revolución, en general historia nacional y geografía, ¡andábamos en la calle de la amargura! No sabíamos ni cuántos kilómetros tiene, ni cuántos habitantes había en nuestro país. Cuando eres estudiante tu idea del amor es muy romántica, de la mujer, de los hijos. En la cárcel concretizas. Y sales con una visión totalmente diferente, más seria y con una visión más clara de la libertad. Porque por muy revolucionarios que se llamen muchos compañeros, con sus compañeras no han podido romper el esquema machista.

Me casé, me divorcié y me volví a casar. Y soy muy feliz sin traumas del divorcio ni del matrimonio. Yo quiero, amo, adoro a mis hijos. Y si ando metido en estas broncas es porque quiero que los hijos de otras personas tengan, de perdida, lo que mis hijos tienen. Y tu compañera es eso, tu compañera. Y es tan libre y tan independiente como lo puedes ser tú mismo. Hay quien dice que no se puede luchar si no odias al enemigo. Yo creo que el motor de la lucha no es ése, sino el infinito amor que uno tenga por sus semejantes.

Hasta principios de 1974, cuando ya estaban formados muchos comités de Cenao, trabajé en la Conasupo, cuando estaba al frente Jorge de la Vega Domínguez y también Gustavo Esteva. Trabajé con absoluta libertad. Se vende la fuerza de trabajo, no la conciencia. Luego trabajé en la Subsecretaría forestal, con el ingeniero Cárdenas y después en la SSP. Por la forestal pasé en Chiapas dos años en la sierra Lacandona. De ahí me sacó el Ejército. Desgraciadamente, el jefe de la zona militar era el general Hernández Toledo y me acusaron de tráfico de armas. Ahí sí que ni por la silla volví. Llegué a Zacatecas, donde llevo siete años. Milité primero en el PMT y ahora en el PMS. Yo no me peleo por un puesto en el partido, pero contribuyo con todo lo que puedo. Si yo volviera a vivir me gustaría repetir mi vida hasta el día de hoy. Los mismos compañeros, las mismas broncas. La misma gente. Debe uno reconocer, sin embargo, que hay que echarle más ganas a la militancia. Amo la vida profundamente. A este pueblo guadalupano, pulquero y tequilero...

(Tomado del libro *Pensar el 68*, Ed. Cal y Arena)

Julietta

Marco Antonio Campos

a Bárbara Bertoni, a un paso de Verona

¡Palomas del Adigio, mañanas venideras!

Visitar en Verona el palacio y la tumba de Julieta representa un momento para leer una historia del corazón y para soñar en el corazón de la poesía y la historia. Quien haya frecuentado la ciudad sabe que la imagen más divulgada es la de la muchacha en el balcón del palacio. La escena del balcón inmortaliza el último y desesperado instante de los jóvenes esposos que se aman en esa primera noche y a quienes el adiós es imposible y desgarrador. No saben que esa noche es la última.

El genio de Shakespeare ha hecho que decenas de miles de personas, devotos o curiosos, visiten el Elsinore hamletiano y la Verona de los Capuleto y Montesco. Shakespeare jamás estuvo en esas ciudades que vivieron en la gran poesía gracias a él y que gracias a él las vemos con un halo de magia.

Desde la entrada al patio del palacio de los Capuleto, al ver el balcón, me pareció también oír al joven Romeo en la hora de la hora de su despedida. El alba era su adversaria.

Recorrí los cuartos. Mi curiosidad se trocó en asombro: no hay casi muro o ventana del palacio donde no estén grabados o escritos con tinta miles y miles de nombres

3 años leyendo en libertad de parejas de Julieta enamorados de las cuatro orientaciones del globo. El palacio como un mapa íntegro de incisiones y grafittis.

Subí. Miré desde una ventana del último piso los techos de teja colorada de las casas, las torres medievales y las colinas color verde aceituna. Julieta, me dije, podía soñar sin dormir con esa vista de égloga virgiliana.

Pero más intensa y conmovedora resultó mi visita al claustro y a la cripta del convento de San Francesco al Corso, donde los amantes se encontraron, contrajeron nupcias y murieron. Según una leyenda, Julieta yació allí, hasta una invasión de bárbaros que saquearon convento y tumba. Pero ¿fue cierto? A veces son más verosímiles la leyenda y la poesía que la realidad prosaica.

En la cripta tenía la sensación angustiosa de ver a Romeo en el desasosiego extremo, y a Julieta, un poco más tarde, en el grito ahogado de la última desesperación y la decisión anhelante del último sacrificio. Pero más honda desazón me causó ver en el nicho del fondo posterior del sepulcro fotografías de parejas de enamorados y cartas y recados de mujeres, probablemente jóvenes, dirigidos a Julieta. Cada carta o recado hablaba de un gran amor y pedían a Julieta sostén y dádiva espirituales. Una (recuerdo) decía que su amor era tan grande como el de la muchacha de Verona pero guardaba esperanzas de que durase más tiempo.

Salí. En el claustro del convento hay un pozo y una fuente. No se requiere ejercer la *ars adivinatoria* para saber con qué intención se arrojaron las múltiples monedas al fondo del pozo. A unos pasos, un obrero que restauraba una pared del convento empezó a cantar una canción de amor.

Un instante más tarde, para acompañarlo, las campanas de todas las iglesias de Verona empezaron a tañer.

¡Mañanas del Adigio, palomas venideras!

(Tomado del libro *Nosotros los de entonces*, Ed.Colibri)

La ira de octubre

Carmen Aristegui

Las revelaciones hechas, el domingo pasado, por el equipo de Univisión Investiga y el programa Aquí y ahora, de Jorge Ramos, sobre las consecuencias trágicas del operativo Rápido y Furioso en México, son indignantes y estremecedoras. Si al país le queda alguna hebra de sensibilidad, después de haber sido sometido, masivamente, a la más grande exposición de violencia e impunidad de la que tengamos memoria, tendría que exigir una explicación oficial de lo sucedido y una postura firme que corresponda, en lo mínimo, a la dimensión del agravio.

Lo que, hasta ahora, se ha visto es un gobierno que musita sobre el tema, que da muestras de querer pasarse de largo en el asunto. O por timoratos, o por no querer enfrentar al aliado del norte o porque supieron de lo que ocurría. La presencia de un representante de PGR ante la Agencia de Tabaco, Alcohol y Armas de Fuego (ATF), de nombre Carlos Luque, hace suponer que sí, que sí sabían de lo que ocurría. El funcionario debería rendir cuentas, por lo menos ante el Congreso, para explicar qué tareas desempeñaba y de qué información disponía.

De Rápido y Furioso conocimos porque en Estados Unidos hubo quien, en un arranque de conciencia, dio a cono-

cer las primeras pistas de un asunto monstruoso. Cuando el agente de la patrulla fronteriza Brian Terry fue acribillado con armas que procedían de esta operación a finales de 2010, se detonó un asunto que derivó en investigaciones periodísticas y del Congreso. Se ha obligado al gobierno de Obama y a su procurador a dar explicaciones. No convincentes pero, las han tenido que dar.

Ahora sabemos que en México —y en otros países con un programa similar— fueron también brutalmente asesinadas personas y casi niños como los 16 que murieron en Villas de Salvárcar. La matanza de jóvenes en Ciudad Juárez ocurrió un año antes que la muerte del agente Terry. Apenas hoy sabemos que, por lo menos, tres armas “toleradas” sirvieron para matar a estos jóvenes en Chihuahua a quienes, en una declaración insensata y malinformada Calderón calificó de pandilleros. Con armas de ese operativo fue ejecutado también el hermano de Patricia González, la hoy ex procuradora de Justicia del mismo estado.

En otro caso relacionado, abogados de la familia del agente de Inmigración y Aduanas ICE Jaime Zapata, quien fue asesinado en una carretera mexicana, afirman que las armas usadas en el crimen pasaron a posesión de una banda que estaba bajo vigilancia de la ATF como parte de otra operación encubierta.

La ATF lanzó su fallida estrategia en el año 2009, desde su sede en Arizona. El número de asesinatos con armas bajo la supervisión fallida se encuentra aún indeterminado.

Con el cruce de datos de los reportes oficiales; el registro de las armas de Rápido y Furioso y las encontradas en escenas del crimen en México, se logró descubrir que, de las cerca de 2 mil armas que cruzaron la frontera de forma con-

3 años leyendo en libertad sentida, varias de ellas fueron utilizadas en dos masacres por lo menos. Se han identificado 57 armas que salieron del control de los agentes y fueron utilizadas en decenas de crímenes en varios estados de la República Mexicana.

Los hallazgos obtenidos con el cruce de datos, entrevistas a fuentes confidenciales y decenas de testigos en la investigación de Gerardo Reyes han dado nueva luz al asunto y han reactivado el nervio político en ambos lados de la frontera y también en otros países. Univisión entrevistó a un ex informante de la ATF, quien asegura que en la Operación Náufrago lanzada por esa agencia en la Florida, los funcionarios dejaron que salieran armas que terminaron en poder de los cárteles de la droga en Honduras, Colombia y Puerto Rico.

Durante el desarrollo de la investigación, los colegas del equipo comandado por el periodista colombiano Gerardo Reyes dieron con lo que llamaron un “punto siniestro”, el que ha desatado esta ira de octubre: “que el programa de rastreo llegó a un punto en el que su éxito dependía, en parte, de que las armas que salían de Estados Unidos fueran usadas para matar en México. De esa manera los agentes se enteraban a manos de quién habían llegado”. Es decir, que había que esperar a que sucedieran los crímenes en México para poder, entonces, registrar —con los datos de la escena— si habían llegado o no esas armas a tal o cual lugar con tal o cual cártel del crimen organizado en México.

Que de entre los cuerpos regados en México se encontrarán las pistas de sus armas perdidas. Ira, y no otra cosa, es lo que produce la revelación.

(Publicado en *Reforma*, 5 de octubre de 2012)

“El Horla” y sus correspondientes otredades

Claudia Guillén

Cuando se hace referencia al sujeto exótico en la literatura, se alude a una figura de la otredad que frecuentemente alcanza un matiz extraño, desconocido; en ocasiones se refiere a un personaje peligroso, aunque, en otras, el personaje puede dar pie a una atracción misteriosa. La literatura exótica se inserta en la tradición romántica y apela al mundo de la ficción y al espíritu de aventura. El escritor francés Víctor Segalen (1878- 1919) es quien hizo un primer planteamiento del exotismo; en su libro *Essai sur l'exotisme* nos ofrece un panorama que incluye tanto la visión política como la crítica de esta idea. En el caso del cuento “El Horla”, del escritor del siglo XIX Guy de Maupassant (1850- 1893), podemos observar no sólo elementos exóticos sino también el *Umheimlich*, que es la palabra utilizada por Sigmund Freud (1856- 1939) para remitirnos a lo siniestro en la literatura fantástica.

En este relato, Maupassant se vale de un diario íntimo para narrarnos las alucinaciones del protagonista, quien “siente” la presencia de un ente a quien él mismo llama *El Horla*. Este “ser siniestro” aparece a partir de que el protagonista saluda, a lo lejos, a un barco procedente de Brasil, y se

entiende que a través de este acto espontáneo el personaje principal invita a ese “otro” que por mar llegó de lejos —del mundo desconocido y primitivo, desde un punto de vista colonialista— para apoderarse de la mente y de las acciones cotidianas del personaje. De este modo se plantea el primer elemento de exotización: el ser primitivo y maligno sólo puede venir de tierras ajenas a Occidente, para apropiarse de un hombre con características civilizadas.

Durante el relato el protagonista mantiene una lucha constante con sus estados de ánimo y la angustia, día a día, se hace más patente cuando comienza a sentirse en poder de ese “otro” que se integra a su vida de forma soterrada. Sus síntomas se materializan a través de pesadillas donde *El Horla* intenta estrangularlo o beber su sangre. Muchas cosas suceden para que, finalmente, el protagonista se sepa poseído por esta criatura, que parece tener poder sobre cada uno de sus actos. Recordemos que otro de los elementos de la exotización es justamente lograr el apoderamiento de “el otro”, pues la figura exótica surge desde un punto de vista colonialista, es decir, quien coloniza toma la cultura y las costumbres del colonizado para cambiarlas y así, entre otras cosas, ejercer el control de poder sobre él.

Así, esta narración nos remite a diversos puntos que se insertan en las estructuras del sujeto exótico en la literatura, tomando en cuenta que éstas se refieren a la figura de la otredad, que a menudo adquiere un matiz extraño, desconocido —en ocasiones podría tratarse de un personaje peligroso, y otras es motivo de una atracción misteriosa—, como se da cuando Maupassant entrecruza estos sentimientos a lo largo de la trama. Si, como decía líneas arriba, el *Unheimlich* integra la idea de sensaciones cercanas a

lo espantable, angustiante o espeluznante, en el cuento de Maupassant esto se trataría de todo lo que representa *El Horla*, pues el ente se apropia del protagonista hasta cambiar su percepción de la realidad y lo arrastra a diversos estadios emocionales alterados cuando experimenta la lucha entre lo oculto y lo visible, pero también entre lo familiar y lo desconocido.

Si bien el exotismo es el encuentro con el “otro”, también se refiere a enfrentarse con la idea de primitivismo. Está vinculando con un miedo a lo primigenio, con el pánico a la diferencia, que es el encuentro de lo exótico (implicando en lo exótico un descubrimiento y una posesión). Se trata de una conquista —en este caso, la de la mente del protagonista—, y de una agresión —pues el ser siniestro procedente del lejano Brasil cambia la conducta del protagonista hasta volverlo loco. Y ¿qué idea podría representar lo primitivo y exótico, más que la de un ser que estrangula y bebe sangre humana, como lo “sueña” en un principio el protagonista de “El Horla”? El cambio tan radical sufrido por el protagonista plantea esa lucha del que posee con quien es poseído, con lo que se construye un relato donde la pesadilla interior, unida a la experiencia exterior, logra un espectro espeluznante. Asimismo, en el cuento se aumenta el significado de lo exótico agregando los elementos góticos: estructuras oníricas, alucinatorias y de angustia.

La pérdida del ser, en el pensamiento de lo exótico, se da en los cuentos fantásticos, porque son el sustento que alimenta la sicología de la alteridad, como lo hace Maupassant con “El Horla”, pues en sus páginas se identifica de qué manera, en esa alteridad, el protagonista también mantiene su propia identidad.

El último adiós

Cristina Pacheco

I

No podía aceptar que te hubieras ido. Pasaste por encima de todos los años en que vivimos juntos, abriste la puerta y después de unos segundos no quedó siquiera el eco de tus pasos. ¿Te imaginas lo que sentí frente a ese silencio? Aunque quiera, no puedo describírtelo y no me esforzaré por hacerlo: sería demasiado doloroso.

Las personas que se van no piensan en que dejan las huellas de su ausencia. En la casa las encontraba por todas partes y sin embargo me resistía a verlas. Me volví una perfecta mentirosa para mi propio consumo: colocaba en la mesa dos cubiertos, ponía en el jarroncito azul las flores que te gustan —por cierto, nunca me atreví a preguntarte quién te enseñó a apreciarlas—y luego me dio por hacer algo aun más absurdo: seguí llevando tu ropa a la tintorería.

Acabé por sentir una especie de agradecimiento hacia tu chamarra de pana gris y tu abrigo negro porque fueron las prendas que conservaron tu olor durante más tiempo (tus

camisas no tuvieron memoria). Te lo digo y me dan escalofríos porque me recuerdan lo sola que estaba; no, más bien lo mutilada que me sentía.

No necesito aclararte que nuestros amigos no me ayudaron a sostener mi fantasía. Con la mejor intención del mundo, en cuanto me los encontraba lo primero que hacían era preguntarme: “¿Has sabido algo de Mauricio?” Después se ahorraron las palabras pero siguieron interrogándome con los ojos. Miraditas, ya sabes...

Esta vez no voy a preguntarte si te aburre lo que te estoy contando, pero puedes bostezar como lo hacías disimuladamente cuando te hablaba de mis problemas de trabajo o de mis sueños. Hasta los que me parecían escalofriantes te provocaban somnolencia. Fingía no darme cuenta. ¿Hice mal?

No te preocupes, tengo la respuesta: sí. En eso y en muchas otras cosas me equivoqué. Ahora que no tiene ningún sentido mencionarlas puedo hablar de ellas porque, aun cuando te tenga a medio metro de distancia, ya no estás.

No debo ser tan injusta conmigo misma. En medio de todas mis debilidades me reconozco un mérito: nunca te busqué. No anduve merodeando por tu oficina ni por los rumbos que frecuentas. Lo que sí hice fue estar lista para reconocerte en medio de las multitudes. No exagero: las hay a cualquier hora en todas partes.

También te esperaba en el teléfono, a la salida de mi trabajo, en el estacionamiento, en la casa. Nunca pude imaginar qué nos diríamos pero estaba segura de que a partir de ese reencuentro íbamos a seguir caminando juntos. No me culpes por hablar como personaje de telenovela. Contraje la

3 años leyendo en libertad
infección durante las infinitas noches que pasé frente a la
tele viendo mundos de fieras.

II

Hay personas que se resisten a aceptar la muerte de sus seres queridos y se refugian en la idea de que están lejos, de viaje o al otro extremo de la ciudad, y que un día regresarán. Usé la táctica a la inversa: cuando comprendí que no ibas a volver opté por enterrarte: “Mauricio está muerto. La muerte es irreversible y nunca devuelve a sus presas”.

Me convertí en “tu viuda” y lo hice bastante bien. Empecé por empacar tu ropa y llevarla a un asilo. Guardé tus retratos, excepto el que nos tomaron en una trajinera. Míralo, allí está. ¿No parecemos una pareja de recién casados? Después vino lo más difícil; decidir entre permanecer en esta casa o buscar otra sin huellas en las paredes, sin quemaduras en la mesa de la cocina, sin la marca que le hiciste a la duela del comedor.

Como ves, opté por quedarme aquí. Supongo que a pesar de haberme convertido voluntariamente en viuda, abrigaba la estúpida esperanza de que volvieras. Después reconocí mis verdaderos motivos: este departamento es muy cómodo y no encontraré otro con techos tan altos. ¿Te cuento algo morboso? Los primeros días de tu ausencia miraba hacia lo alto pensando en colgarme de una viga.

Me alegra no haberme suicidado, me habría perdido de muchas cosas; entre otras, asistir a tu verdadero entierro. Es hoy. No, me corrijo: está siendo hoy. No puedes resucitar de la muerte que te inventé; no puedes haberte ido siete años y luego volver como si nada para que rehagamos nuestra vida.

Lo que estamos reconstruyendo aquí es tu muerte. Cumpí por adelantado con las ceremonias que rodean la viudez, padecí, me deshice de tus cosas, borré tus huellas y conservé tu retrato como si fuera una reliquia. En la foto sigues igual que aquel domingo en el que yo ni siquiera imaginaba la posibilidad de nuestra separación.

¿No dices nada? Perdón: no te he dejado hablar, pero aunque te lo permitiera sería inútil porque tú estás muerto. No me cuesta ningún trabajo aceptarlo pero si me doliera podría decir: “Mauricio está haciendo un viaje largo. Un día regresará”.

Me miras como si no me reconocieras. Lo entiendo. No estabas preparado para esto. ¿Cómo imaginaste que iba a recibirte? ¿Llorando, pidiéndote perdón como si fuese yo quien se alejó? O imaginaste una de aquellas pavorosas escenas que tanto te preocupaban, no porque me vieras sufrir, sino porque los vecinos podían escuchar mis reclamaciones que te mostraban ante ellos tal como eres, o mejor dicho, como eras conmigo.

No dudo de que con otras mujeres hayas sido distinto, más cordial, menos impaciente. No te sientas extraño por eso. Todos tenemos muchas caras. Las vamos cambiando según el interlocutor que tengamos enfrente... o abajo. Me avergüenza recordar que llegué a ponerme de rodillas frente a ti para suplicarte —¡suplicarte!— que no te fueras. No sirvió de nada. Debí comprenderlo desde el momento en que me decías: “Con esos teatrillos lo único que vas a lograr es que me harte”. Y sucedió: te hartaste y te fuiste sin llevarte siquiera el cepillo de dientes. Te lo agradezco en nombre de los ancianos que resultaron los primeros beneficiados por tu abandono.

III

Me gustaría llevarte al asilo donde están. Uno de ellos se parece mucho a ti: tiene los mismos huesos de la frente, la misma forma de ojos, el mismo óvalo de la cara. Si lo vieras vestido con tu blazer azul podrías imaginarte cómo serás cuando tengas ochenta años. Para ese viejo el encuentro contigo podría ser una experiencia fantástica, un viaje de regreso a sus años de madurez. Nada de esto puede ocurrir porque tú estás muerto, al menos para mí.

Un día iré a visitar al anciano. Casi estoy segura de que se llama Jerónimo. Le hablaré del parecido entre ustedes y le diré que fui a visitarlo porque quise hacerme las ilusiones de que te estaba viendo como si hubieras alcanzado a cumplir ochenta años.

El hombre se intrigará y como lo que le sobra es tiempo, preguntará de qué moriste.

No quiero asustar a ese pobre viejo describiéndole una agonía prolongada, así que colmaré su curiosidad hablándole de tu muerte repentina. Es posible que él te envidie sobre todo cuando le diga que expiraste en la sala de tu casa, en el sillón en donde ahora estás sentado mirándome con la misma extrañeza con que yo te vi alejarte.

Ahora, si no te importa, me gustaría que me dejaras sola. Antes me hubiera parecido insoportable, ya no. La soledad me gusta. Hago muchas cosas: trabajo, oigo música, leo, ordeno la casa, salgo a pasear y te recuerdo sin rencor, sin sufrimiento, sin reprocharte nada. ¿Cómo podría hacerlo si estás muerto?

El desafuero

La gran ignominia (Introducción)

Héctor Díaz Polanco

Durante el año 2005, el proceso dirigido a quitar el fuero al Jefe de Gobierno de la capital mexicana, a solicitud del Ministerio Público Federal, para enjuiciarlo por la supuesta violación de la Ley de Amparo en el caso del predio El Encino, absorbió buena parte de la atención pública.

La razón resultaba sencilla: el mandatario del Distrito Federal era, por mucho, el puntero en las preferencias para la elección presidencial de 2006. De modo que si Andrés Manuel López Obrador, quien había esbozado un programa con tintes antineoliberales, era desaforado y procesado penalmente, podía quedar excluido de la contienda. Así, estaría garantizado que el poder estatal permaneciese en manos del tándem neoliberal conformado por el partido de la derecha histórica, entonces en el gobierno, y la vieja fuerza priista.

El cálculo era que de esa manera la izquierda partidaria sería marginada como opción política, no en las urnas sino mediante un artilugio legaloide. Un sector creciente de la población sospechaba que eso era lo que buscaba el gobierno de Vicente

Fox, bajo el ropaje de un proceso “judicial”. Si éste lograba su propósito, las consecuencias podrían ser graves.

Según diversos sondeos, la mayoría de los mexicanos pensaba entonces que López Obrador era un buen gobernante, decía la verdad sobre el caso El Encino y era víctima de una maniobra política para excluirlo de la contienda electoral de 2006.

Según las encuestas nacionales, en la zona central del país (Distrito Federal y Estado de México) aventajaba con más del 80 por ciento de aprobación pública. Asimismo, de acuerdo con un sondeo realizado a principios de septiembre de 2005 por la empresa Mitofsky, cerca del 60 por ciento de la población rechazaba el proceso de desafuero contra el mandatario capitalino. El estudio revelaba que el 78 por ciento de los consultados que se identificaban con el PRD rechazaban el intento de desafuero; pero más del 40 por ciento de los que se declaraban del PAN y del PRI (43 y 45 por ciento, respectivamente) también estaban en contra.

Sin embargo, una parte minoritaria de la población, aunque estaba en desacuerdo con el desafuero solicitado por la Procuraduría General de la República (PGR), también pensaba que López Obrador sí había violado la ley al desobedecer el mandato judicial durante un juicio de amparo, o al menos tenía dudas al respecto. ¿Cómo se explicaba esto? En buena medida, era el fruto de un sistemático bombardeo propagandístico. Durante los años inmediatamente anteriores, de manera persistente, funcionarios del gobierno federal (incluyendo al presidente), diversos “formadores de opinión” afines a éste, y hasta miembros del poder judicial, habían repetido en diversas formas que

Antología
el jefe de gobierno del DF no acataba la ley y quería ponerse por encima de ella, cada vez que éste enfrentaba lo que en su criterio constituían actos de corrupción en perjuicio de los intereses ciudadanos.

(Publicado en *El Desafuero la gran ignominia*, Ed. Para Leer en Libertad y Rosa Luxemburgo)

Eduardo Langagne

Sueños

Cuando despierto al filo de la noche
y me corto los sueños con un vidrio punzante,
que es opaco y es cruel y me cuestiona.
Cuando no puedo dormir
y esta altanera oscuridad me incita,
 me provoca y me altera
y me rasga la piel y me desangra
con un lento gotear que inunda la mañana.
Cuando sucede, no entiendo bien quién soy:
si el que estaba dormido era yo mismo
o alguien que acaso se parece a mí
y a mi cuerpo se une con astucia.
A ambos los observo desde lejos
como un guardián insomne
que no sabe qué cosa está cuidando
o si debe guardar sólo a la noche.
Y tengo sueño, tan sólo tengo sueño: tengo sueños.
Hay un sueño de dormir y hay otro de estar
despierto.

Atención

Entre la multitud
puedes reconocerme, amor:

yo soy el que va cantando.

Razones para someter a juicio a Calderón (Primera parte)

Epigmenio Ibarra

Por décadas quienes, desde la silla presidencial, han saqueado al país, burlado las reglas más elementales de la democracia, reprimido y asesinado a sus opositores se han ido impunes a casa.

Impunes y gozando además de una pensión vitalicia que, con nuestros impuestos, pagamos todos. Impunes y rodeados por aparatos de seguridad que les permiten, a ellos y a sus familiares, seguir sacando provecho de su situación de privilegio. El ritual del linchamiento sexenal no pasa de la persecución mediática limitada —sólo para terminar de acotar los restos de su poder— y el encarcelamiento, sólo en algunos casos, de funcionarios menores que sirven como “chivos expiatorios” y como coartada de incorruptibilidad para quien apenas comienza a gobernar.

Lo cierto, sin embargo, es que, más allá de estos arrebatos puramente retóricos, el mandatario entrante garantiza

al saliente un manto de impunidad. Da a su antecesor lo que él, a su vez, espera recibir de quien lo sustituya; patente de corso para hacer lo que le venga en gana mientras esté sentado en la silla.

Sólo Luis Echeverría, acusado de genocidio por la represión al movimiento estudiantil del 68 muchos años después de haber abandonado el cargo, enfrentó una contingencia político-judicial que ni siquiera lo acercó a las puertas de la cárcel.

En su enorme mansión en San Jerónimo este oscuro personaje, que ya no tenía ni poder ni influencia para hacer valer este pacto de impunidad, se acerca a la muerte después de haber burlado el único esfuerzo en la historia por sentar a un ex mandatario en el banquillo de los acusados.

En América Latina militares y civiles que han traicionado a la democracia, robado y reprimido desde el poder han enfrentado juicios y han sido condenados a duras penas de cárcel. Incluso en países como Chile y Argentina, donde la transición pacífica de una dictadura a la democracia exigió el “perdón y olvido” y la elaboración de leyes como la de “obediencia debida”, una vez vencidas las resistencias de la institución armada, reducido su protagonismo en la vida del país y fortalecida la democracia, se ha procedido, luego de revertir esas medidas, contra generales y almirantes.

En muchos otros países los ex mandatarios civiles, incluso los que obtuvieron altísimas votaciones, no han escapado, como los ex presidentes mexicanos, a la acción de la justicia y eso ha hecho que esas democracias estén hoy en mucho mejores condiciones que la nuestra o, más bien, de lo que queda de la nuestra.

Somos, en ese sentido, la vergüenza del continente. Los poderosos nos doblegan y mansamente los dejamos hacer y deshacer a su antojo. Si esto no termina, si permitimos que la impunidad transexenal siga produciéndose, ningún futuro tiene la democracia mexicana. Heredaremos a nuestros hijos el abuso, la humillación que, por décadas, hemos tolerado.

Inútil creer que Enrique Peña Nieto, heredero y continuador de la tradición priista de impunidad, tenga la disposición, el coraje para actuar de otra manera. ¿Cómo podemos esperar que Peña Nieto someta a la acción de la justicia a Felipe Calderón si ha solapado los latrocinios de su antecesor y padrino en la gubernatura del Estado de México, Arturo Montiel?

Nos toca a nosotros, las ciudadanas y los ciudadanos conscientes, actuar para llevar ante la justicia al hombre por cuya causa se ha derramado más sangre en la historia reciente de México. Nadie entre los tiranuelos que nos han gobernado iguala en ese sentido a Felipe Calderón Hinojosa. Nadie, en tanto comandante en jefe de las fuerzas armadas, es responsable de la muerte de tantas y tantos mexicanos.

No es el resentimiento, ni el odio, ni el afán de venganza lo que nos mueve a los que promovemos al que, en las redes sociales, se conoce como #JuicioCalderon. No son las diferencias ideológicas y políticas las que nos han hecho firmar la demanda en su contra en la Corte Penal Internacional de La Haya.

Consideramos que hay razones suficientes para llevar a Calderón a juicio y tenemos la convicción de que no

hacerlo sería tanto como renunciar a nuestro derecho a vivir en paz con justicia y democracia.

No podemos ni debemos tolerar que un individuo, actuando contra la razón y por la fuerza, imponga una guerra que, además de no tener perspectiva alguna de victoria, habrá de prolongarse por muchos años.

Ningún comandante militar puede permitirse el cúmulo de despropósitos de Felipe Calderón sin enfrentar una corte marcial. Nadie puede demoler de esa manera las instituciones sin enfrentar las consecuencias jurídicas de sus actos.

Muchas voces, desde organismos internacionales, la sociedad mexicana y la academia se alzaron previniendo a Calderón sobre los efectos desastrosos de su estrategia de guerra. A nadie escuchó. Empecinado en cumplir con un proyecto de miedo y muerte, desató el infierno.

No fue una ocurrencia la suya. Ni siquiera la necesidad de obtener la legitimidad de la que de origen carecía. Sirvió de manera consciente a los intereses de una potencia extranjera. Para garantizar la paz en Estados Unidos, trajo la guerra a nuestro país. Su opción por la fuerza bruta no hizo sino fortalecer a los cárteles de la droga y forzarlos a incrementar su poder de fuego y su barbarie.

(Publicado en Diaro *MILENIO*, 11 de enero de 2013)

En torno al fuego

(Fragmento)

Laura Esquivel

Los primeros años de mi vida los pasé junto al fuego de la cocina de mi madre y de mi abuela, viendo cómo estas sabias mujeres, al entrar en el recinto sagrado de la cocina, se convertían en sacerdotisas, en grandes alquimistas que jugaban con el agua, el aire, el fuego, la tierra, los cuatro elementos que conforman la razón de ser del universo. Lo más sorprendente es que lo hacían de la manera más humilde, como si no estuvieran haciendo nada, como si no estuvieran transformando el mundo a través del poder purificador del fuego, como si no supieran que los alimentos que ellas preparaban y que nosotros comíamos permanecían dentro de nuestros cuerpos por muchas horas, alterando químicamente nuestro organismo, nutriéndonos el alma, el espíritu, dándonos identidad, lengua, patria.

Fue ahí, frente al fuego, donde recibí de mi madre las primeras lecciones de lo que era la vida. Fue ahí donde Saturnina, una sirvienta recién llegada del campo, a quien cariñosamente llamábamos Sato, me impidió un día pisar un

grano de maíz tirado en el piso porque en él estaba contenido el Dios del Maíz y no se le podía faltar al respeto de esa manera. Fue ahí, en el lugar más común para recibir visitas, donde yo me enteré de lo que pasaba en el mundo. Fue ahí donde mi madre sostenía largas pláticas con mi abuela, con mis tías y de vez en cuando con algún pariente ya muerto. Fue ahí, pues, donde atrapada por el poder hipnótico de la llama, escuché todo tipo de historias, pero sobre todo, historias de mujeres.

Más tarde, tuve que salir, me alejé por completo de la cocina. Tenía que estudiar, prepararme para mi actuación futura en la Sociedad. La escuela estaba llena de conocimientos y sorpresas. Para empezar, me enteré que dos más dos son cuatro, que ni los muertos ni las piedras ni las plantas hablan, que no existen los fantasmas, que el Dios del Maíz y todos los demás dioses pertenecen al pensamiento mágico, primitivo del ser humano que no tiene cabida en el mundo racional, científico, moderno. ¡Uf, cuántas cosas aprendí! En esa época, me sentía tan superior a las pobres mujeres que pasaban su vida encerradas en la cocina. Sentía mucha lástima de que nadie se hubiera encargado de hacerles saber, entre otras cosas, que el Dios del Maíz no existía. Creía que en los libros y en las universidades estaba contenida la verdad del universo. Con mi título en una mano y el germen de la revolución en la otra, el mundo se abría para mí. El mundo público, por supuesto, un mundo completamente alejado del hogar. Muchas de nosotras participamos durante los años sesenta en la consolidación de la lucha que otras mujeres ya habían iniciado a principios de siglo. Sentíamos que los urgentes cambios sociales que se necesitaban en ese

3 años leyendo en libertad momento se iban a dar fuera de la casa. Todas teníamos que incorporarnos, salir, luchar. No había tiempo que perder, mucho menos en la cocina. Lugar por demás devaluado, junto con las actividades hogareñas que se veían como actos cotidianos sin mayor trascendencia, que únicamente obstaculizaban la búsqueda del conocimiento, el reconocimiento público, la realización personal. Las mujeres, pues, no pensamos dos veces el abandonar nuestro mundo íntimo y privado para participar activamente en el mundo público, con la sana intención de lograr importantes cambios sociales que culminarían con la aparición del “Nuevo Hombre”. Y junto a los hombres tomamos las calles y a veces repartíamos flores y a veces consignas. Y por todos lados se escuchaban nuestros cantos de protesta, y nos pusimos pantalones y arrojamos los sostenes por la ventana.

(Tomado del libro *Íntimas succulencias*, Ed. Plaza y Janés)

Rafael Barajas “El Fisgón”



De seguro

Fritz Glockner

¿Seguro de vida? ¿A quién carajos se le habrá ocurrido llamarle así? Sin duda alguna más bien se trata de un seguro de muerte, lo adquieres porque sabes que tarde o temprano te vas a morir y deseas dejar un dinero a alguien especial, para el beneficiario puede que llegue a ser un respiro económico, porque al comprarlo no garantizas tu vida, tu existencia; al contrario, lo adquieres con la conciencia de que a la vuelta de la esquina estará la muerte por ti.

Lo obtuve sabiendo que pronto se tendría que usar. Afortunadamente los agentes o vendedores de seguros nunca se cercioran de tu actividad, chistoso hubiera sido que al llenar la solicitud escribiera en la línea de ocupación: narcomenudista; ¿habrá seguros para los narcos? ¿A cuánto ascenderán las primas de los trabajos peligrosos? Un policía, un ratero, un guerrillero, un bombero ¿tendrán un seguro?

Afortunadamente en mi caso la cara de pendejo y la apariencia de ser menor de edad permitió que creyeran lo que dejé escrito como oficio: “estudiante”, ¿alguien podría llegar a dudarlo? Eso nadie lo podría negar, ya que estoy ins-

3 años leyendo en libertad
crita en la universidad, la matrícula está al corriente, las colegiaturas pagadas. Que solamente vaya a la universidad para hacer negocios es otra cosa, pero de que mi aspecto es el de un estudiante no hay duda, incluso varios de mis conocidos podrían testimoniar a favor de aquella versión.

Transar a los narcos es cosa de grandes, de muchos huevos, de decisión, es una apuesta y yo decidí jugarla, total, poco tenía por perder, de antemano sabía que la vida era lo más que podría dejar en el camino y para eso me saqué el seguro de vida, o el seguro de muerte.

Las Vegas fue un destino correcto, ¿quién no ha soñado con ser personaje en aquel luminoso lugar? Los yanquis no tienen nada, pero qué tal lo inventan todo, con su dinero logran importar todos los sueños y para eso la ciudad de Las Vegas es el mejor de los ejemplos. Desde que llegué al aeropuerto pude descubrir las luces, la sorpresa fue excitante, todos los colores ahí convocados: púrpura, rojo, azul, amarillo, café, dorado, celeste, anaranjado, morado, todos se te meten por los ojos. Conforme alquilas una limusina para que te traslade del aeropuerto a tu hotel te quedas absorto del juego de luces, de colores, ¿cómo fue que en medio de un desierto se levantara esta ciudad?

Según dicen que un tal Bugsy fue el que tuvo la iniciativa de fundar Las Vegas como el gran centro para el juego, una vez que decidiera separarse de la mafia italiana que controlaba la venta prohibida de alcohol en Nueva York.

Ahora que según mis cálculos, no fue sino hasta la caída de Batista en Cuba, allá por el año de 1959, cuando Las Vegas no levantaron el vuelo, su fama y la emoción, ya que ¿a quién se le podría haber ocurrido venir a un desierto para

apostar? Sobre todo que en Cuba los gringos además de casinos contaban con hermosas playas, mujeres exuberantes y grandes espectáculos, pero claro, cuando Castro los mandó al carajo recuperaron la idea de Bugsy, quien ya no fue testigo del éxito de su iniciativa.

Para impulsar la ciudad trajeron a Elvis con toda su leyenda a cuestas, repitiendo en sus bailables el jolgorio de lo que existía en La Habana con su legendario espectáculo del Tropicana. Imagino que parte de aquel mito me influyó para venir hasta aquí como un acto para exorcizar viejos fantasmas, ya que todavía recuerdo con emoción cuando la novia de la preparatoria me confesó que había aceptado andar conmigo porque todas sus amigas le insistían en mi parecido con Elvis, gusto que duró pocas semanas, pero aquél sí que fue un amor de verdad.

Pronto la limusina tomó el *boulevard* “Las Vegas”, el tráfico no me molestó por primera ocasión en la vida, al contrario, me dio gusto que tuviéramos que conducirnos a baja velocidad, y que en ocasiones permaneciéramos hasta por diez minutos detenidos, para poder disfrutar con la mirada esa loquera del juego de la luz, del color, del brillo. Pasé lista a los hoteles que ya había logrado visualizar en varias películas que se desarrollan en la ciudad del juego, los espectáculos, la ilusión, las bodas, el destrampe, las prostitutas y la frustración; ya que antes de abordar el avión y venir me encerré por tres días y alquilé todas las cintas: *Adiós a las Vegas*, *Bugsy*, *Querida*, *agrandé a los niños*, *Juegos de placer*, *Una propuesta indecorosa*, *Ocean Eleven*, otra donde actuó la buenota de Salma Hayek, *La gran estafa*, *Tres mil millas al infierno*, hasta aquella serie de dibujos animados cuando los

Simpson van a la ciudad del pecado conseguí para que nadie me dijera que no sabía a dónde iba. Entiendo que es muy chafa pretender ser personaje de película; aun así asumí sin duda alguna la influencia para optar como última morada las Vegas, por ello sabía que para llegar a mi hotel tendría que circular largamente por el *boulevard* principal, que por cierto elegí el más caro, total, si de despedirse del mundo se trataba ¿por qué no habría de darme todo el lujo posible? Por ello pude ver desde el principio el hotel Luxor con su imagen egipcia, el Excalibur simulando los tiempos del rey Arturo, el MGM con su ficción de película, el New York, New York para recordar a Sinatra y pasar a un lado de la Estatua de la Libertad que ni gringa es, el Montecarlo y el Paris para sentir el aire europeo, el Bellagio con sus fuentes danzantes, el Caesars Palace con esa majestuosidad romana, el Flamingo donde comenzó toda la historia de esta ciudad y el Mirage con su verde tropical, hasta que al fin el chofer de la limusina respiró descansado con nuestra llegada al hotel Venetian, sin haberse dignado a dirigirme cualquier palabra amable, cosa que a final de cuentas me agradó ya que pude dejar mi atención en el paseo.

¿A quién carajo se le habrá ocurrido bautizar la buena suerte del juego de una maquinita con el nombre de BAR? La entrada a todo casino de los hoteles de Las Vegas es una cuestión de locura, si por la calle la luz y los colores son desbordantes, el ambiente en cada espacio de juego provoca una sensación de contagio con la emoción, los ruidos de monedas cayendo en las bandejas, el accionar de las palancas de las máquinas y su estruendo esperando que coincidan los cilindros para ganar algún premio, las expresiones de felici-

Antología

dad de algún ganador en la mesa de veintiuno, todo aquello me permitió asegurar que la opción había sido la correcta, aunque imitara a final de cuentas a Nicolas Cage con su despedida en Las Vegas, ahora me faltaría una mujer guapa y mucho alcohol.

El dejarse desbordar por una apuesta tan sencilla, como lo es introducir una moneda por la máquina y esperar ansioso que la probabilidad esté de tu lado para ganar alguna cantidad, fue la mejor de las recetas para olvidar los motivos por los cuales habría elegido Las Vegas como opción para poner nerviosos a los narcos. Los cuatro días que me la pasé fueron buenos, los disfruté, dejé atrás los viejos rencores, las frustraciones, sin duda constataste que ahí se juega el hambre del mundo, pero no me permití la opción filosófica, ni mucho menos el remordimiento por andar despilfarrando un dinero que de todas maneras no me pertenecía y que gracias a él mis días podrían haber llegado al límite.

Varias ocasiones inmerso en el remolino humano paseando de un hotel a otro, de un casino a otro, me pregunté en cuántas de las fotografías de los turistas que baboseaban al igual que yo estaría retratado y que le pudieran servir a los narcos para dar conmigo, aunque no por ello dejé de saber que la vida puede ser una perra y al final de todos modos dan contigo, quien busca encuentra, y yo aposté así las cartas.

Los disparos en el Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México fueron exactos, medidos, ya me esperaban y yo los esperaba, sonaron como simples fuegos pirotécnicos, los gritos de las personas a mi alrededor fueron el aviso de que aquellas detonaciones eran dirigidas hacia mí, ni las sentí, si acaso alguno que otro ardor en la piel, no más de

3 años leyendo en libertad cuando te pica un mosquito, ahora es el escándalo de la ambulancia que me intenta transportar al hospital más cercano por las contaminadas y congestionadas calles de la Ciudad de México lo que me estorba, lo que me inquieta, me molesta, de no ser por eso, estaría completamente satisfecho.

¿Qué va a ser de mis objetos personales? ¿Quién se dedicará a revisar todas mis cosas en casa? ¿Encontrará mamá mi diario? ¿Lo leerá? ¿Qué pedirá Laura para ella? ¿Algún recuerdo mío? ¿Qué opinará mi padre? ¿Qué harán con mis pantalones de mezclilla favoritos? ¿Usará alguien mis camisas? ¿Qué harán con mis amuletos? Siento como que van a violar mi intimidad, después de muerto sabrán todos mis secretos, para que se decepcionen de mí, para que no se las digan a nadie, para que las guarden en lo más profundo como lo hice yo; eso sí, espero que mi madre dé con la póliza del seguro de muerte que adquirí hace un mes, ese dinero siempre será un alivio para el dolor, por lo menos igual y alguien de la casa decide ir detrás de mis pasos en Las Vegas, para ambientar los últimos días de mi vida, antes de que tuviera que pagar a los narcos mi osadía.

Juan Gelman

Otras partes

¿oíste
corazón?
nos vamos
con la derrota a otra parte
con este animal a otra parte
los muertos a otra parte

que no hagan ruido
callados como están
ni
se oiga el silencio de sus huesos
sus huesos son animalitos de ojos azules
se sientan mansos a la mesa

rozan dolores sin querer
no dicen una sola palabra de sus balazos
tienen una estrella de oro y una luna en la boca
aparecen en la boca de los que amaron

pasan noticias de sus sueños
arrastran sus lágrimas con un pañuelito detrás

como

barriendo el padecer
como no queriendo mojarlo
para que el padecer estalle y arda y haga asiento donde
sentarse a pensar otra vez

nos vamos

corazón

a otra parte

hace mal que no podás sacar los pies de la
tristeza

aunque es tristeza que besa la mano que empuñó el fusil
y triunfó

y tiene corazón y guarda en su corazón una mujer
y un

hombre pasando como tigres por el cielo
del sur

una mujer y un hombre como tigres enjaulados en
la

memoria del sur

besando hijitos que nunca más van a crecer compañeros
que nunca más van a crecer y ahora cosen la tierra al aire
cosen

tu corazón

corazón

sus animales

una mujer y un hombre
caminando por el cielo del tigre

como tigre que canta
vámonos con esta perra a otra parte
no tenemos derecho a molestar
nuestro solo derecho es empezar otra vez
bajo la luz del sol sereno

los límites del cielo cambiaron
ahora están llenos de cuerpos que se abrazan
y dan abrigo y consolación y tristeza
con una estrella de oro y una luna en la boca

con un animal en la boca mirando el centellear
de los compañeritos que sembraron corazón
y levantan su corazón ardiente
como un pueblo de besos

La culpa es de las mujeres inteligentes

Guadalupe Loeza

Pocas cosas provocan más culpa en las mujeres casadas que el saberse más inteligentes que el marido.

Por lo general, esta categoría de “culposas” sufre en lo más íntimo de su ser, pero no lo admite plenamente. Por las noches, arde de remordimientos y maldice su destino que permitió que tomara conciencia de esta injusta diferencia. ¿Cómo es posible que ella se atreva a pensar que es superior a su hombre? ¿Acaso no le enseñaron desde pequeña que las mujeres no piensan, y que deben someterse a lo que diga el marido? Ella es la señora de... y tiene que obedecer al señor, al amo, al padre de sus hijos, a quien de ningún modo se debe contradecir. “Chitón, perrito ladrón”, le dice su conciencia.

“¡Ay, pero esas señoras ya no existen!”, dirán muchas de ustedes. Sin embargo, se equivocan: desgraciadamente todavía hay muchísimas. Lo que sucede es que prefieren callar. Es difícil que una señora diga: “Mi marido, ese señor que en las reuniones sociales parece un auténtico *winner*, en

realidad es un soberano idiota. Hace mucho descubrí que yo soy más inteligente que él. Pero jamás se lo he dicho, porque acabaría odiándome. Nunca de los nuncas me lo perdonaría. Por eso, prefiero pasar por tonta, para que él tenga la posibilidad de brillar”.

Rosario Castellanos, poeta y escritora que tanto enseñó con su vida a las mujeres dice: “Si compito en fuerza corporal con un hombre normalmente dotado (siendo yo una mujer también normalmente dotada) es seguro que me superará en agudeza, en agilidad, en volumen, en minuciosidad y, sobre todo, en el interés en la pasión consagrados a los objetos que servirán de material a la prueba. Si planeo un trabajo que para mí es el colmo de la ambición y lo someto a juicio de un hombre, éste lo calificará como una actividad sin importancia. Desde su punto de vista yo (y conmigo todas las mujeres) soy inferior. Desde mi punto de vista, conformado tradicionalmente a través del suyo, también lo soy. Es un hecho incontrovertible que está allí. Y puede ser que hasta esté bien. De cualquier manera no es el tema a discutir. El tema a discutir es que mi inferioridad me cierra una puerta y otra y otra por las que ellos (los hombres) holgadamente atraviesan para desembocar en un mundo luminoso, sereno, altísimo, que yo ni siquiera sospecho y del cual lo único que sé es que es incomparablemente mejor que el que yo habito, tenebroso, con su atmósfera casi irrespirable por su densidad, con su suelo en que se avanza reptando, en contacto y al alcance de las más groseras y repugnantes realidades. El mundo que para mí está cerrado tiene un nombre: se llama cultura. Sus habitantes son todos ellos del sexo masculino”.

La cita es larga, pero ejemplifica perfectamente el sentimiento de culpa que siente la mujer con respecto a la superioridad del hombre.

¿Cómo es posible que una mujer tan excepcional como Rosario Castellanos insista en que es inferior? ¿Qué es lo que la hacía pensar así? La explicación se remonta a la época en que Rosario es pequeña. A la muerte de su hermano menor, Benjamín Castellanos, el consentido de los padres, ocurrida por una apendicitis en Comitán, Rosario escucha mientras velan al niño: “¿Por qué murió el varón y no la mujercita?” Sumido en la desesperación, César Castellanos, el padre, todavía le dice a su mujer: “ahora ya no tenemos por quién luchar”.

Seguramente hemos de haber escuchado expresiones en este sentido desde que éramos niñas. Recuerdo que cuando mi madre se daba cuenta de que en el refrigerador nada más quedaban un par de rebanadas de jamón, nos decía sin la menor vacilación: “Este jamón es para su hermano. Ustedes como mujeres no necesitan tantas proteínas para estudiar, al fin se van a casar”. Mi hermano, sin rubor, se las comía, sintiendo desde chiquito la autoridad que le daba ser el único varón entre siete mujeres. “¿Bendito entre mujeres?” me preguntaba con rabia al verlo comer sus sabrosísimas rebanadas de jamón.

¿Cuántas veces en las reuniones sociales hemos visto a las esposas (en este caso “espositas”) mantenerse en silencio durante horas y horas, mientras que los maridos (“maridotes”, en este caso) hablan de política, economía, chistes colorados y anécdotas de la universidad? Ellas no se atreven a intervenir, y si alguna tuviera la idea de intentarlo, se li-

mitaría a acercarse delicadamente al oído del marido para susurrarle su opinión. El jefe, el amo, el señor, el cuate de los cuates, su hombre la oye apenas recurriendo a toda su tolerancia, limitándose a sonreír tiernamente, como diciendo: “Sí, sí, mi amor, eso es...” Pero en realidad lo que le dice es: “ay de ti si te atreves a intervenir personalmente”. Otros, los más terribles, ni siquiera se percatan de que su mujer se les ha acercado, y si ésta tuviera la pésima idea de insistir, con su mirada de macho, de hombre y de puñal, le ordenarían: “Calla. Escucha. O bien, ve a ayudar a la anfitriona. Pero deja de fastidiar”. Sin embargo, existen señoras que ya están hartas de tener cara de maceta y deciden lanzarse con cualquier comentario. Pero es tanta y tanta su culpa, que en seguida sienten que se les quiebra la voz, se equivocan, tartamudean, confunden la anécdota o, de pronto, sienten que su mente se les pone en blanco fosforescente. Todo el mundo las observa con una profunda lástima. Se da cuenta de ello y opta por no volver a abrir su “maldita” boca para no arriesgarse a caer en el ridículo y en la humillación. Con la mirada estrellada contra el suelo se pasa el resto del tiempo comiendo cacahuates y rumiando su culpa. Por lo general, en estos casos los “maridotes”, no las apoyan, sino todo lo contrario. En el coche de regreso a su casa les dicen en tono reprochón: “mira, mejor no hables. No sabes. Interrumpías a cada momento y siempre salías con una tarugada. La próxima vez escucha, para ver si aprendes algo”.

No hace mucho, organicé una pequeña reunión en mi casa. Éramos cuatro parejas y todos nos conocíamos entre sí. Una de las señoras, contrariamente a la costumbre, platicó detalladamente cómo había conocido su padre a su madre.

Todo lo que decía era simpático, ágil y entretenido. Nos tenía encantados a todos. Incluso el marido parecía disfrutar mucho el relato. Nunca la interrumpió y varias veces era el que más celebraba las ocurrencias de su mujer. Formábamos entonces, todos tan buen público, que mi amiga seguía con su relato como si gozara ella más que nosotros. Mucho del éxito de esa velada fue la armonía y el buen humor que todos sentíamos esa noche.

Al otro día, mi amiga me habló. Su voz parecía lejana y triste. Cuando le dije que hacía mucho no la veía y sentía en tan buena forma, lo único que tuve como respuesta fue un largo silencio. “¿Qué te pasa?” le pregunté desconcertada. Y entre sollozos me contó que había reñido horriblemente con su marido: “No te puedes imaginar todo lo que me dijo cuando salimos de tu casa. Todavía no nos subíamos al coche cuando empezó a gritarme: Cada vez estás peor. No hablas, ¡rebuznas! Te crees muy graciosa, pero en realidad cansas con tus historias. Yo creo que tú estás enferma, no es posible que hables tanto, es compulsivo. Deberías de ir con un loquero. No dejaste hablar a nadie. ¿A quién diablos le importa cómo se conocieron mis suegros? Además te veías horrible cuando imitabas al juez. ¿No te das cuenta de que cada día estás más vieja y que ya no te puedes dar el lujo de ser el centro de las reuniones? Me diste lástima y pena. Por eso no me gusta venir a reuniones con señoras. ¡Eres tan superficial! Además ya he escuchado la misma historia miles de veces, y siempre inventas. Por tu culpa no dejaste hablar a mi comadre, esa sí tiene cosas interesantes que decir, esa sí tiene una carrera universitaria. Pero tú, ni el bachillerato acabaste. Mira, no te paré, porque soy muy controlado y además

Antología
no me gusta hacer escenitas en público. Hasta tenía ganas de pegarte. Cada día me recuerdas más a tu mamá. Pobrecita, me das lástima, a toda costa te quieres reafirmar. ¿Qué quieres probar, que eres una idiota?”

Karma, Junio '87

(Tomado del libro *Las reinas de Polanco*, Ed. Cal y Arena)

Cortometraje

Rogelio Guedea

El hombre cuelga un letrero de “Se renta” en el ventanal de su casa. Está decidido a no dar marcha atrás. Por soledad o aburrimiento, esta vez opta por irse definitivamente. Durante unos días recibe a muchas personas interesadas en alquilar la vivienda: ancianos, estudiantes, matrimonios con hijos, matrimonios sin hijos, vendedores ambulantes, hombres de negocios, hombres sin oficio ni beneficio, mujeres solteras, mujeres viudas, amantes. Aparte de mostrarles la casa (“éste es el baño, éstas las habitaciones, éste el comedor y la sala, etcétera”), entre el hombre y el posible inquilino se establece siempre una conversación que toca las fronteras de la intimidad. Muchas veces habla con ellos de su madre o su padre muerto, y muchas veces ellos hablan con él de sus pesadillas nocturnas o de sus paseos por el jardín. Cuando el hombre se da cuenta de que la soledad no existe y de que el aburrimiento es una mera fantasía, decide abruptamente dar marcha atrás. No rentará la casa más, es cierto, pero ahora está convencido de que el letrero que colgó en el ventanal de su casa debe continuar ahí, impertérrito, hasta el último día de sus días.

Esperando a Liz

Francisco G. Hagenbeck

El atardecer tenía tal letanía de colores, que parecía que el pintor celestial hubiera bebido 3 margaritas más que yo. Seguro que le cobrarían el exceso de rojos y amarillos. El viento cargado con aromas de mar disolvía el humo de los cigarros de mis compañeros.

Aunque remangara mi camisa, la humedad y el calor te cobraban la factura. Algunos llevaban sombrero, arrancándoles gruesas gotas de sudor. Éramos el grupo que cubre eventos en Hollywood: reporteros, fotógrafos y algún colado. Nos dedicábamos a matar el tedio entre bebidas y sol. No había mucho qué hacer en este pueblo. De un lado, teníamos una cordillera tapizada en verde; y del otro, una plancha de agua reventando olas. Puerto Vallarta estaba lejos de todo. Sólo había una razón para permanecer aquí: Liz.

El amorío de Richard Burton y Elizabeth Taylor había creado tanta tinta, que los árboles se negaban a ser hojas para revistas. No es que los divorcios fueran algo nuevo en cinelandia, pero nunca con la realceza de los chismes.

Cuando John Huston decidió venir a filmar a este lote baldío de Dios, toda una caravana de reporteros los seguimos,

3 años leyendo en libertad buscando la portada de la revista *LIFE*. Una buena foto de la Taylor daría para pagar la renta, comida y algunos tequilas.

Aunque se esperaban fuegos artificiales entre los actores, la película apenas fue un petardo, y cebado. La Taylor se la pasaba como buena madre con sus hijos, Burton bebiendo un veneno local llamado raicilla. Ninguna de las tomas que había obtenido valían para colarse en un periódico. Por ello, permanecíamos en espera de nuestros tortolitos, soñando con lograr una imagen donde el traje de baño color frambuesa de Liz pudiera enseñar algo más.

Algunos chamacos nos avisaron que la filmación en Mismaloya había terminado. Me desperecé terminándome mi bebida. Revisé que la cámara y el lente de acercamiento estuvieran limpios. El resto de los periodistas corrieron hacia el muelle oxidado.

Un bote apareció en el horizonte, entre las pinceladas color durazno y mango del crepúsculo. Las libretas salieron, tratando de atrapar una declaración pecaminosa. Yo me quedé atrás, reflexionando sobre este circo. Comprendí que ninguno había visto el hermoso atardecer. Éramos carroñeros, buscando algo picoso. Si el publicó desaba algo así, deberían comerse un chile.

La lancha llegó. Liz saludó a los locales. Sus niños retozaban, Burton sólo los miraba con una maldición reprimida. Las bombillas de las cámaras los iluminaron.

En ese momento, a varios metros de la costa, un enorme bulto salió del agua. Siguió subiendo, soltando gotas que destellaban. Inconscientemente disparé. Era una ballena jorobada saltando en todo su esplendor frente a la puesta de sol. Estoy seguro que es la mejor fotografía que he tomado.

Cuando volví la cara, el barullo de la recepción había terminado. Los fotógrafos regresaban al bar.

—Esto se acabó amigo, hora de regresar— me dijeron. Apretando la cámara sobre mi pecho y sin dejar de sonreír, les contesté

—No, yo aquí me quedo.

Diario de un marchista

Luis Hernández Navarro

Miércoles 13 de marzo de 1985.

Poco a poco llegamos los primeros voluntarios cargando cajas, bolsas y maletas. Somos cerca de dos mil delegados. Somos los protagonistas de la “Marcha de la Democracia”. Calzamos huaraches, tenis y botas. Nos protegemos del sol con sombreros de palma y cachuchas deportivas.

A las 9 de la mañana se cerró el tránsito por la calle de Armenia y López. Los marchistas aguardamos frente al local sindical. A muchos nos ganaron los nervios. Las instrucciones que nos dieron fueron: “no acepten provocaciones”.

La marcha comenzó a las 10 de la mañana. El automóvil compacto que dirigió la descubierta echó a funcionar el sistema de sonido. Las consignas se estrellaron contra las fachadas de la vieja ciudad colonial. En la descubierta, Fernando Soberanes, secretario general suplente, declaró: “Vamos en pos de un derecho: elegir libremente a nuestros representantes sindicales”.

La ciudad se paralizó a nuestro paso. Llevamos nuestros gorros, sombreros y playeras blancas con el logo-

tipo de la sección 22. Desde las azoteas nos vitorearon. A lo largo del trayecto nos entregaron bolsas de fruta. Los niños nos identificaron y nos llamaron por nuestro nombre. Nosotros, sus profesores, correspondimos saludándolos. Decenas de mantas y pancartas se desplegaron. Lo mismo sucede con la solidaridad. Los colonos de Santa Rosa se cooperan con 3 mil pesos.

A las 11:30 del día, la marcha se extendió más de dos kilómetros. Nadie quiere abandonarla. El calor es abrumador y el asfalto asfixiante. Durante unos cuantos instantes nuestra serpiente humana se detuvo. Trepado en un árbol un niño se desgañitó gritando vivas a sus maestros.

Es mediodía. Un carro difundió la consigna: “marchistas a la izquierda, contingente de apoyo a la derecha”. Para unos fue el momento de regresar al plantón; para nosotros llegó la hora de peregrinar, de devorar la carretera. Las manos se levantaron para decir adiós.

La marcha llegó hasta San Sebastián, ETLA. La población nos recibió. Juntos hicimos un mitin relámpago. Nos ofrecieron una comida. Agradecemos la hospitalidad pero la caminata debe seguir.

A las 15:30 arribamos a ETLA. Se repite la escena que, al paso del tiempo, se convierte en algo familiar: la población se vuelca a recibirnos, a alimentarnos, a darnos palabras de aliento, a cuidarnos. Nosotros tratamos de explicarles en pocas palabras el motivo de nuestra lucha. Merendamos en el comedor del internado “Ignacio Mejía”. Y después de beber el café o el atole sentimos el cansancio en todo el cuerpo. Pero hay buen humor. Entre risas y bromas nos dormimos.

Jueves 14 de marzo.

Pasadas las 9 de la mañana tomamos nuevamente la carretera. Desde el interior de Oaxaca se han enviado 20 mil telegramas dirigidos al presidente de la República exigiendo la realización del congreso. Frente a nosotros hay sol, y cuestas. Los maestros de la ciudad descubren que no es lo mismo marchar en las calles que caminar por la carretera. Los pies comienzan a llagarse. No sopla brisa de refresco.

Hacia mediodía decenas de compañeros tienen vómitos, insolaciones y diarreas. Es la hora de que saquemos la rabia para seguir adelante. La ambulancia del ISSSTE con sus tres médicos y dos enfermeras no se dan abasto. Apenas es el segundo día y ya tuvieron que solicitar medicinas.

Al llegar a Huitzo hemos recorrido 32 kilómetros. Parecen pocos. Son una barbaridad. Cien alumnos de la escuela "Ignacio Zaragoza", acompañados de padres y familiares, nos reciben con carteles de apoyo, frutas y alimentos. Allí descansamos para recobrar fuerzas y seguir hasta Telixtlahuaca para pasar la noche.

Viernes 15 de marzo.

Iniciamos una jornada especialmente pesada: el ascenso a la montaña, una de las partes más elevadas de la Sierra Madre Oriental. Pero la naturaleza está de nuestro lado: el cielo se nubla.

El abasto comienza a preocupar. Se acuerdan medidas. Las regiones se responsabilizan. La Costa aporta 50 kilos de café, 20 de jamaica y 30 de tamarindo. El Istmo 10 mil totopos y 50 kilos de camarón seco. Tuxtepec 100 piñas,

10 mil naranjas y 400 kilos de plátano. La Sierra 10 sacos de arroz y 20 cajas de aguacate.

Sábado 16 de marzo.

El día de hoy necesitamos realizar un esfuerzo de atleta olímpico: hay que caminar 45 kilómetros. El equipo médico auxiliar atiende más de 100 casos de problemas postraumáticos en las plantas de los pies, rinofaringitis, vómitos, colitis.

Ya cerca de Nochistlán, cuando el agotamiento parece definitivo, nos encontramos con el pueblo entero que nos recibe con una ovación, y entona para nosotros “La canción mixteca”. Las perlas de sudor se nos confunden con las lágrimas. La tensión de la fatiga desaparece.

Domingo 17 de marzo.

Con la mañana se despierta también el apetito. Es un hambre voraz. Hoy es día de asueto, no hay que caminar. Los responsables de preparar los alimentos se lucen: huevo en salsa, chicharrón, arroz con leche, atole, café.

A pesar del cansancio se organizan los partidos de basquetbol y las cascaritas de fútbol. En la tarde vemos un programa cultural y escuchamos a un sacerdote decir palabras de aliento.

Lunes 18 de marzo.

La salida de Nochistlán es distinta a las anteriores. Es día de la Expropiación Petrolera. Para nosotros es una fecha cívica

3 años leyendo en libertad que hay que celebrar. Acompañados por la banda de música del pueblo, con el lábaro patrio por delante, recorreremos las calles del pueblo y escuchamos los vítores de sus habitantes. En pleno centro efectuamos una ceremonia. El maestro Naum Santillán denuncia el papel que juega el imperialismo en nuestro país y señala la función del charrismo sindical petrolero en la corrupción generalizada en Pemex. “Entre Joaquín Hernández Galicia y Alberto Miranda Castro hay hermandad de sangre”, dice.

A las 13, después de caminar 20 kilómetros, llegamos a Yanhuitlán. Otra vez se nos recibe con una fiesta. Frente a la estatua de Benito Juárez hacemos un mitin. No podemos estar contra la historia.

Martes 19 de marzo.

En las primeras horas de la mañana damos el primer paso. El primero de los 30 mil pasos que cada profesor tendrá que dar el día de hoy. De inmediato comienzan las llagas y los calambres de la jornada. La Ciudad de México queda aún lejos. La sed es enorme. La garganta está siempre reseca. El calor del asfalto hace muy difícil respirar.

Pero ese mismo martes, después de cientos de horas de negociaciones infructuosas, de miles de palabras sordas, nos enteramos que se firma el convenio que autoriza la realización del congreso. El CEN del SNTE se compromete a dar la convocatoria para el 29 de marzo.

El paro se levanta y la marcha se suspende. Entre algunos de nosotros hay insatisfacción y hasta inconformidad. Queremos llegar al Distrito Federal. Discutimos en asamblea.

Acordamos plegarnos a la mayoría.

El 29 de marzo llega.

La convocatoria no aparece. Vanguardia Revolucionaria pre-texta que incumplimos una cláusula relativa a la reinstalación de compañeros suyos. Es falso. Tenemos que volver a empezar.

No estamos cruzados de brazos. Reiniciaremos la movilización. Treinta mil maestros tomaremos la Ciudad de México. Está cerca el primero de mayo. Consultamos a los padres de familia. El CEN retrocede. Acepta realizar el congreso el 21 y 22 de junio. En esa fecha ya no estamos dando clases. Decidimos correr el calendario escolar hasta fines de junio y no entregar calificaciones si hay obstáculos. Pero echamos atrás la medida. No queremos enfrentarnos con los padres de familia.

El 21 de junio llega.

Otra vez los charros se echan para atrás. Es hora de volver a empezar.

(Tomado del libro *Cero en conducta*, editado
por Para Leer en Libertad y PRD- DF)

Paloma negra

Rafael Ramírez Heredia

Fue cuando tú, que si por qué no, y los demás aceptaron la idea, salida de improviso. Una idea que se iba recolando de adentro quizá desde que miré de frente a tus ojos un tanto entrecerrados y hacia la tonada de tu voz un poco más baja que de costumbre. No sé si sentiste lo mismo que yo, no lo sé porque tu actitud fue la de costumbre. Así, sin quererlo, se inició la parte de la noche junto a la mesa del bar donde las voces de los otros eran apenas murmullos forasteros en esa nuestra frecuencia de ciclos y luminosidades, encendidos pese a las voces de los que cantaban sentados junto al piano.

Entonces la noche con llovizna, se hacía afuera de ruidos de claxon y nosotros estábamos en la segura protección del bar donde la prisa fingida de los meseros se acercaba para servir y uno de todos los de ese sitio se iba a convertir en el constructor de lo vivido para referirse a ti, a la música, a los gringos, o a los borrachos desperdigados en las otras mesas.

Carmen, quizá en la tarde, saliste de casa harta de repetir la rutina y te fuiste por las calles en la semiduda de tu

viaje y en la pesadez que sientes luego de discutir. Ese turbión de palabras que afloran frente a tu marido. Ese círculo obsesivo de viajes, dinero acumulado, gastos de la casa y exceso de trabajo. Quizá por eso y otras mil causas te obligaron a alquilar un estudio donde en tardes, como la de ahora, te refugiabas y dejabas que los pinceles dibujaran claros- oscuros sin una idea fija de lo que deseabas reproducir en la tela. Eran largas cavernas, niñas bajo la sombra de higueras plagadas, sombríos palacios blancos, o esquinas sin faroles, o simples manchones donde tú imaginabas extrañas leyendas.

Al llegar a tu altillo prendiste la luz y recorriste, desde la misma puerta, todo el estudio. Miraste las telas y las pinturas, la caja, regalo de Franz, el cuadro comprado en Venecia, la estatuilla de Londres y el chal con que te cubres cuando las tardes dejan ese sabor de bruma que te encierra en tus recuerdos de la ciudad de provincia, donde corriste por los parques y te dejaste enamorar por Franz hasta que se casaron y se fueron a vivir a ciudades lejanas y asentar el tiempo en la que ahora habitas, con tu fastidio y la terquedad de tus pinceles.

Llevabas el vestido verde que marcaba bien la amplitud de tu cuerpo y recortaba un tanto la V desde el principio de los pechos, y alisaste el cabello en ese giro que siempre otorgas cuando te sientes cansada del estudio y de las seminoches, con autos brillantes y ruidos ajenos a tu realidad de espera. Dejaste el bolso de cuero y tomaste la paleta, pero antes de cubrirte con el chal y de trazar la primera línea, el primer manchón, la inicial raya de mando, echaste la cabeza para atrás, moviste las crenchas negras, dejaste que el aire de la habitación se metiera por la abertura del vestido y te fijaste en tus manos largas. Las mi-

raste contra la ventana y te sentiste mortalmente aburrida de estar encerrada horas sin precisar algo. Entonces dejaste todo e hiciste vibrar el cabello al salir de nuevo a la calle. Agarraste por tu cuenta las parrandas... terminaba la canción gritada a cantos sin ritmo y con el piano indefenso de sentir el rancherazo atacado por los hombres, que yo sabía te miraban desde sus sitios y reclamaban mi buena suerte, sin saber de mi angustia, de mi aún sorpresa, y que tu estancia ahí era un simple vuelo de flechas ausentes y conversaciones retaceadas. Al tomar un trago más de tu copa delgada, regresaste al momento en que caminabas por la calle, con la amenaza de la lluvia, y te dirigías hacia el café. De seguro te ibas a encontrar con los eternos habitantes del lugar, discutiendo de técnicas, de objetivos, de formas, y tú, Carmen, ibas a dejar caer el sonido de tus palabras de vez en vez, para señalar algo, o recordar otra cuestión sobre un tema que ya para entonces te iba a parecer aburrido. Porque si bien tu cueva-altillo-amparo lo tenías dibujado de ideas y trazos, sólo era, y tú sabías eso, la manera que habías inventado para hacer menos largo el tiempo y así no enfrentártele, decorado con los chillidos de tus hijas y la obsesividad reducida de Franz. ¿Recuerdas que una ocasión tu marido te dijo que tú podías hacer lo que quisieras? ¿Recuerdas el tono con que lo dijo? ¿Lo recuerdas?

Porque tú deseabas que Franz se hubiese encaprichado en tenerte junto, nada más para él, sin compartirte con las miradas que sientes, con los susurros que intuyes, con los reclamos que te acechan, con lo que observas cada ocasión que alguien se acerca, te busca zalamero, para cantar tus bondades en la pintura y tú sabes, por dentro, que

te están hablando de tus caderas, de la forma en la curva del vientre, en las manos que cantan linduras, en los ojos claros y en la mata de pelo que se te inunda desde todos los sitios. Así que al escuchar de nuevo la teoría de algo que ni te acuerdas, pensaste si no era mejor regresar al altillo y pintar te dijo uno de los pintores cuando intentaba convencerte de que debías ir esa noche. Te habló del bar y te repitió que no tardarían mucho y tú pensaste que era lo mismo estar allá que en otra parte y si llegabas un poco tarde a casa, Franz desde su sillón, y con el televisor a medio volumen, te iba a ver, desde lo rubio de su cara, y te iba a decir buenas noches, marcando la palabra buenas como si no quisiera terminar la frase. Y entonces dijiste: sí, sí voy, y te subiste al auto lleno de amigos y avanzamos en medio de las calles, ya lluviosas, con los semáforos deslavados por el agua del parabrisas, como si fueran tus pinturas y tú estuvieras dentro de una de ellas decidida, por fin, a terminarla. Hasta ese momento supiste que la noche, pese a ser igual a otras miles, no lo era, y algo dentro te alertó. No en vano llevabas años de casada y en esos tiempos mucho escuchaste sobre la responsabilidad del matrimonio, sobre el papel de la esposa y la fidelidad que se requiere, y tú pensaste que nada de eso se iba a quebrar, que no era importante irse a tomar unas copas a un bar con unos amigos que tampoco decían mucho más. Sólo se notaba mi silencio y yo sabía que tú no recordabas mi nombre completo y que apenas me habías visto en las reuniones de los pintores en el café, cercano al altillo que te servía de estudio. Dentro del auto me observaste dos veces y te correspondí las miradas con unos ojos de estar sólo ahí para estar contigo y por primera vez te sentiste nerviosa, creo.

Unos nervios diferentes, es cierto, a los que te picaron la tarde que al llegar lejos de tu casa, Franz se notaba dueño de la situación. Tan dueño que la hizo sentir tantas veces como fue necesario y tú soportaste eso hasta que los silencios se establecieron como señorones del todo dentro de la casa amplia y de extensos ventanales. Pero aun dentro del auto, ya rumbo al bar donde escucharías tonadas y cantos mal contruidos, tú sentías que las barreras, tus muros de contención, tus artillerías, tus defensas primarias, tus avanzadas y tu logística serían respetadas y temidas por los circundantes. Y así fue hasta que te sentaste en la silla y tu cara quedó frente a la mía, silenciosa y me miraste de nuevo y tú sentiste algo que se te entreveraba en medio de tus muslos y por más que intentaste alisar el vestido verde, se te quedó ahí como soldado de imaginaria. Y nada, ni el ruido de las mezcladoras, o el tin tin de los hielos, o los dichos, los rumores, las teclas del piano, y la canción gritada, nos pudieron sacar de nuestras miradas. Tú estabas detenida en el tiempo y yo no sabía lo del estudio, lo de Franz o tus pinceles, ni intuía tus viajes y tus ausencias. Éramos los dos en medio de tus muslos y por más que intentaste alisarnos algo, conjuntados en el bullicio, hicimos avanzar las manos por la mesa y las aferramos. Eran las manos largas tuyas y las temerosas mías, las cuatro que se asentaron, como banderas sin patria, sobre la mesa atascada de colillas y vasos y no escuchamos nada de lo que por ello se decía, y tú, Carmen, sentiste lo mismo que yo, lo que subía desde lo más profundo de la piel, y la noche era apenas y nos levantamos y salimos abrazados hacia la calle.

Helguera



Saúl Ibargoyen

Aquel sueño con una muchacha

Un anciano de trapo se ahoga
dentro de la boca de
aquel hombre otro que soñaba:
su lengua es un par
de hilachas estirándose
su saliva es una fibra
masticada por los ángeles.
El hombre que sueña
no tiene sombra
sosteniéndole el cuerpo.
Una muchacha recoge
humanas figuras de metal
y sus labios de aire gritan
que nadie debe llevarse
las puras voces ya verbalizadas:
una muchacha saliéndose
de su vestido
de membranas blancas
grita hacia aquellos humanos metales

que no se aparten

que traigan sus palabras.

El hombre otro enflaquecido

de sudor se arranca

de flemas y de sábanas:

dos manos jóvenes ponen en sus ojos

un cabello desnudo como el aire.

Tiempo

(Para Héctor Sámano)

El tiempo que se fue
golpeó la cara del hombre
le desfibró los lentes
con sus fillos de polvo
le endureció
el cráneo ya deshabitado
y entró por los poros
de una camisa
que alguien deberá lavar.

El tiempo deposita
un traslúcido excremento
en los papeles del hombre
y ensucia con trituradas sílabas
cada dedo que canta
sin dejar de envejecer.

El tiempo crecerá
en la raíz de las alfombras
en la sopa de cálido arroz
en el jabón
que los caños devoran
en las tripas repletas de sed.

Una camisa cruje
un papel se seca
un vientre no puede cantar.

José Emilio Pacheco

Minorías

En mi pueblo de raza verde
salí entre gris y morado.
Llamé la atención por raro
y nunca me aceptaron en parte alguna.
Ante el agobio de la desventaja
queda la alternativa de ser bufón o ermitaño.
Pero, indolente,
como soy o como me hicieron,
preferí volverme invisible.

El fin del mundo

El fin del mundo ya ha durado mucho
Y todo empeora
Pero no se acaba.
Pronto los dos —el de allá, el de aquí— serán parte del
gran ayer, imagen doble
De otro más entre sus fantasmas

El mañana

A los veinte años nos dijeron: «Hay
Que sacrificarse por el Mañana».

Y ofrendamos la vida en el altar
Del dios que nunca llega.

Me gustaría encontrarme ya al final
Con los viejos maestros de aquel tiempo.

Tendrían que decirme si de verdad
Todo este horror de ahora era el Mañana.

El gran ayer

La foto de ese joven de antes de ayer al que todos
conocen sólo de viejo...

Extraño nieto de sus propios hijos,

Tiene el vestuario

De un presente fugaz como éste ahora mismo.

Duro nos mira desde su juventud,

No de verdad sino sólo imagen.

Su hoy es ya fue

En camino al abismo que espera a todos.

No representa su mayor edad sino lo relativo de mundo y
tiempo.

Allá en la foto

Él se desnace, crece al revés

En su enjuvenecimiento exagerado.

La insurgencia en las redes sociales

Jenaro Villamil

Para explicar el fenómeno reciente del movimiento #YoSoy132 y el que se ha gestado a raíz de la represión a los jóvenes el 1 de diciembre, día de la toma de posesión de Enrique Peña Nieto, representado en el emblema #TodosSomosPresos, es necesario identificar tres afluentes principales.

Estos tres factores son: la crisis política, social y mediática surgida a raíz del fraude electoral del 2006 en los comicios presidenciales; el incremento del poder monopólico y político de Grupo Televisa desde entonces a la fecha; el descontento social de la guerra contra el crimen organizado.

Desde 2009 en las ciudades más pobladas y entre los jóvenes menores a 30 años el uso intensivo de redes sociales y medios de la web 2.0 generó un contrapeso al silenciamiento de los grandes medios institucionales y se convirtieron en un factor deliberativo y de incidencia social muy importantes. Esto constituyó una transición silenciosa en las formas de comunicación, información y de organización de los movimientos sociales.

Los factores del descontento

1. La crisis política, social y mediática del 2006 no se resolvió. Por el contrario, se agudizó. El país se fracturó. El fraude de 2006 ignoró la demanda fundamental del movimiento de las izquierdas, representado por el candidato presidencial Andrés Manuel López Obrador: el recuento de los votos para “limpiar” la elección o, bien, para determinar la anulación.

Felipe Calderón, el candidato de la derecha, ganó con menos de un punto porcentual de ventaja. Su “triumfo” fue de 0.56 puntos, menos de 250 mil votos, en un país con más de 100 millones de habitantes. Los indicios del fraude y de la manipulación electoral fueron múltiples. En México, la cultura de defraudación electoral no se acabó con la alternancia del 2000. Por el contrario, se sofisticó y se expandió hacia prácticamente los tres grandes partidos.

Para legitimarse, Calderón decidió gobernar con dos grandes poderes como soportes: el militar y el mediático. A uno lo sacó de sus cuarteles para combatir el crimen organizado y al otro le dio recursos económicos y políticos infinitos, a cambio de maquillar un consenso informativo que lo respaldara e ignorara la protesta social.

2. No sólo a Televisa le dieron infinitos recursos económicos y políticos, esta empresa fue la más beneficiada y emblemática por muchas razones. Televisa no es sólo una empresa de medios de comunicación. Televisa es un aparato de poder, de ideología y de manipulación informativa muy sofisticado y sumamente eficaz durante décadas.

En la era dorada del régimen del PRI, Televisa estuvo subordinada al poder político, específicamente, al poder de

3 años leyendo en libertad la Presidencia de la República y al PRI. Televisa era guadalupana (en sintonía con la devoción a la Virgen de Guadalupe), neoliberal (porque todo es mercancía vendible en su pantalla, incluyendo la información) y priista.

“Somos soldados del presidente”, afirmó Emilio Azcárraga Milmo, el empresario que consolidó el imperio de esta compañía. Ahora, todos los políticos “son soldados de Televisa”, en la era de Emilio Azcárraga Jean.

El PRI perdió en el 2000 la Presidencia, pero mantuvo espacios de poder emblemáticos en la mayoría de los 32 estados del país. El PAN no desmontó ni democratizó los instrumentos de control que permitieron la larga dictadura sexenal del PRI. Por el contrario, los potenció. Les dio mayor poder e impunidad. Ese fue el caso de Televisa y de su falsa competencia, TV Azteca.

En los doce años de gobiernos panistas no se licitó ninguna cadena de televisión nueva, se abandonaron los medios públicos, se menospreció a la prensa y a la radio, la concentración televisiva creció en recursos y privilegios. Televisa y TV Azteca tienen 95% de las frecuencias de televisión abierta, controlan 65% de la televisión restringida, acaparan 70% del mercado publicitario nacional y, por si fuera poco, son capaces de vender y extorsionar a los políticos que pagan millones en dinero público para salir en la pantalla. Si no lo hacen, el poder televisivo amenaza con destruir su carrera política.

El mito del poder televisivo ha sido muy eficaz para los políticos novatos, ambiciosos y muy corruptos, como en el caso de Peña Nieto, el nuevo presidente del país.

Televisa y Peña Nieto firmaron desde 2005 un pacto secreto de promoción política para llevar al entonces gobernador de la entidad más poblada del país hacia la Presidencia de la República.

En el 2009 y, sobre todo, en el 2012, las pruebas de esta complicidad fueron cada vez más evidentes.

3. El tercer factor es la guerra contra el crimen organizado, agudizada durante los últimos seis años. Pensada para legitimar a Calderón, para lograr una eficacia rápida (en 2008 creían que iban a parar este fenómeno), en realidad se convirtió en una pesadilla siniestra y sin fin.

Calderón y su guerra no disminuyó el poder de los cárteles de la droga (al contrario, se multiplicaron: de cuatro a ocho cárteles y hasta el capo más famoso, El Chapo Guzmán, ya aparece en revistas de las élites, como Forbes); la disputa territorial generó una ola de enfrentamientos sangüinarios no sólo entre los integrantes de los cárteles y las policías sino contra la sociedad civil; la corrupción alcanzó a los cuerpos policiacos y militares que iban a “rescatarnos” del narco.

Los primeros movimientos ciudadanos a través de las redes sociales se generaron precisamente para contrarrestar la información oficial, para denunciar la ola sangrienta generada por la batalla contra los cárteles.

Existen tres momentos importantes en este sentido: a) los ciudadanos del noreste del país, especialmente de Monterrey, Ciudad Juárez y Torreón que formaron redes de contrainformación desde el 2009; b) el surgimiento del movimiento Ya Basta de Sangre que acompañó la emergen-

3 años leyendo en libertad
cia de Javier Sicilia en 2010 y las víctimas, c) finalmente, la proliferación de un ciberactivismo que no existía en el país de manera tan eficaz, a raíz de Wikileaks, Anonymous y los movimientos de insurgencia en España y en Estados Unidos desde 2011 a la fecha.

La expansión de las redes sociales

Estos tres factores se entrelazan junto con una tendencia fundamental: desde 2009 a la fecha, el crecimiento de los usuarios de redes sociales ha sido sostenido, importante y en contraparte del poder mediático.

Entre 2010 y 2011, Facebook, la red social más popularizada en México creció en 62%. Llega a más de 30 millones de cuentas en el 2012. En el mismo periodo, Twitter creció a un ritmo de 37%, llegando a tener 3.3 millones de cuentas. Su expansión más vertiginosa fue en 2012. Alcanza más de 7 millones de cuentas. Su interactividad se convirtió en el factor más importante en las elecciones presidenciales.

Youtube, el sitio de videos más popular, se expandió desde 2009 a la fecha. Su crecimiento exponencial ha coincidido con el recrudecimiento de la violencia del crimen organizado, la disputa electoral y la censura de los medios televisivos.

Secuelas del #YoSoy132

Con estos ingredientes, no era difícil pronosticar que un movimiento de protesta e insurgencia social irrumpiera en el escenario mexicano. Esta insurgencia no ha disminuido con la llegada de Peña Nieto al poder.

Desde los sucesos del 1 de diciembre, tanto el movimiento #YoSoy132 como otros colectivos con expresión en el ciberespacio se reactivaron. La indignación generada por las detenciones arbitrarias alentó expresiones como #TodosSomosPresos o #1Dmx en redes sociales.

Una tendencia muy clara se está generando en estos momentos: la confluencia de quienes defienden el derecho pacífico a la manifestación y la libertad de expresión, junto con la denuncia de los abusos policíacos.

El gran aparato de poder —concentrado en avanzar en el Pacto por México alentado desde la Presidencia de la República— ha ignorado esta tendencia. La sociedad civil no.

Breve historia de un balazo

Jorge Moch

Hola. Llámenme simplemente *bala*. Parezco sencilla, pero soy en realidad bastante compleja. Anoche, me dicen, hablaron de mí y de mis hermanas en el noticiero de la tele. Por eso debo presentarme: Mi apellido es así: *Izhevskii Mechanicheskii Zavod*, o sea que mi abolengo es presuntamente rancio, y soy de la misma ciudad de Udmurtia donde San Mijail Kalashnikov tuvo su epifanía para que por billones asoláramos el mundo mis hermanas y yo: nací —miren ustedes el emblema de mi origen: esta flecha diminuta que mira hacia donde apunte mi ojiva, inscrita en un triángulo equilátero— en la Factoría Mecánica de Izhevsk, muy lejos de aquí, en los montes Urales. Recién nacida, apenas un capullo latonado y brillante, fui escogida por el superintendente de la Fábrica, el señor Lemov, y tomada delicadamente entre sus dedos pulgar e índice, mostrada con gran orgullo a una partida de inversionistas. Confieso que estaba un poco ebria con tantas atenciones, tanto paseo de manos suaves, tibias, y perfumadas, ataviadas con vistosos relojes y anillos de metales tan brillantes como mi carcasa, y luego, oronda, devuelta a

la línea de producción donde seguí mi camino en la factoría para ser agrupada por pelotones con mis hermanas, asignada a un estuche, el estuche a una caja, y la caja a una estiba muy alta, donde descansé algunos días. Luego fui arrullada en una enorme barcaza de carga que navegó plácidamente las aguas del inmenso río Kama, cruzando el Tatarstán. Nací pues en el corazón industrial de la Federación Rusa. Soy esbelta y elegante: mido casi ocho centímetros y mi ojiva originalmente constaba de treinta y nueve milímetros completos de aleación de hojalata, acero, plomo, cobre y níquel. Soy una chica moderna. Siempre supe que sería capaz de cumplir con mi parte cuando fuera acomodada con treinta y tres de mis hermanas, una por cada año de Cristo, dentro de un cargador en el fusil que inmortaliza el nombre de nuestro creador, bendito sea, cuando se inspiró, curiosamente herido de bala él mismo, héroe de la Batalla de Byansk.

La barcaza llegó a destino, según supe, en Chistopol, donde fuimos subidas a grandes contenedores que luego fueron depositados en la panza de un avión. Aterrizamos, según se comentaba entre nosotras que chismorreábamos excitadas con tintineos gozosos, en Berlín. De allí fuimos regadas por el mundo. Yo fui a parar con un armero estadounidense de San Diego, quien me vendió a un estraperlista de San Ysidro que a su vez me cedió a un contacto suyo en Tijuana. Apenas cruzar la frontera, me llevaron escondida en un camión de carga hasta un atestado barrio de la Ciudad de México, y de allí, terminé paseando dentro de una lujosa camioneta que patrullaba el *boulevard* de Veracruz. Allí vine en realidad a conocer el mundo. Sin yo saberlo, iba en manos de un *señor de los que llaman narcos* y él y sus amigos

se toparon con otros señores también equipados con fornituras y armados hasta los dientes. Esos otros señores se llaman soldados, y un encuentro como ése se llama, en estas latitudes, *topetazo*. Cuando los soldados les marcaron el alto a los narcos, empezaron los tiros. Ni bien me daba cuenta de lo que pasaba cuando el estampido me vomitó a mis reglamentarios setecientos quince metros por segundo. El aire sabía a sal.

Yo, modestias aparte, hice gala de mi buena cuna. Muchas de mis primas pobres, llegadas de las armerías chinas de Norinco, fueron a dar de cabeza en un parabrisas o, peor, en una grosera fachada de cemento. Yo perforé el vientre de un tipo que nada tenía que ver en la refriega. Bebí su sangre tibia. Esos se llaman víctimas civiles y debo confesar que ese peritoneo fue el sitio más confortable de mi vida, y no se la puse fácil a los cirujanos: las balas de Izhversk somos famosas por el choque hidrostático. Causé estragos suficientes. Parece que el pobre peatón se muere de todos modos, bah.

El cirujano me puso luego en una cajita de Petri con alcohol, y aquí sigo, esperando a ver qué pasa conmigo. Alguien ha dicho al pasar que soy evidencia. Eso soy, orgullosa evidencia. Embajadora de una de las más grandes y lucrativas industrias del mundo.

Mucho gusto en conocerlos y cuídense de las imitaciones.

Helio Flores



Sabios amantes

Julia Rodríguez

Le gustaba tenerla cerca como recordatorio de lo posible, pero no demasiado que pudiera serlo. Su posición de autoridad le otorgaba tal privilegio. A ello se debía que le encargara tareas inútiles, ociosos trabajos. Cada día añadía nuevas faenas, retoques, renovadas versiones. Ella, amorosa, dispuesta, accedía a realizarlas sin preguntar, sin que le importara cuántas horas tendría que invertir en los caprichos de Él, con tal de preservar entre ellos la misma distancia, idéntica cercanía. Aquél era su juego de equilibrios, y Ella no lo ignoraba. Por eso siempre parecía absolutamente absorta, concentrada únicamente en cumplir con el ficticio quehacer que Él le imponía.

Sus conversaciones eran breves, parcas, espaciadas, y si por algún descuido sus ojos llegaban a mostrar secretos, Él hacía el viraje correcto y dejaba suspensa la mirada en la hoja de papel sobre el escritorio, el teléfono, el ventanal. Ella intuyó desde entonces, que Él la miraría, a condición de no ser descubierto, que sólo se permitiría disfrutarla desde su soliloquio. Por eso, Ella también desviaba la mirada, de tal modo que fuera posible confundirla con algún reflejo del mobiliario, con el brillo de las puertas, con la luminosidad

3 años leyendo en libertad de la tarde. En ocasiones, por cálculos incorrectos o deseo mal escondido, sus cuerpos llegaron a romper la distancia delineada con trazos invisibles. Entonces, Ella sentía arder en el vientre el fuego de Él y con prudencia se alejaba, como diciendo: “No seré yo quien perturbe la balanza, no seré yo la que rompa su juego”.

Una tarde, cuando ella menos lo esperaba, hacia el final del verano, Él le dio la orden con afectada indiferencia:

—¡Ámame ahora!

Ella sujetó su pasión, justo lo suficiente, para deshacerse del vestido. Él la llevó hasta el diván donde se dejaron vencer por el deseo acrecentado por el tiempo.

Aquella noche, cuando, al fin, lograron separarse, él le suplicó no regresar más. Ella comprendió enseguida que acababan de perder la nostalgia de lo que no se alcanza, a cambio del reino de lo cotidiano. Más tarde, lejos de Él, Ella no pudo ahogar el sentimiento de dicha y libertad que le producía la expectativa de no volver a verlo.

Lluvias

Leo Eduardo Mendoza

Una noche llovió en todos los cajones de la casa. Al principio, llegaron las aguas mansas del olvido y aquello fue como escuchar un piano en la distancia porque la llovizna acariciaba los rostros y repartía alivios en la soledad de los recuerdos.

En algún momento, al amanecer, la madre nos pidió que sacáramos de las estanterías todo lo que habíamos guardado a lo largo de los años y lo depositáramos en las mesas, en los pasillos, en el piso porque le preocupaba que aquel chipichipi pertinaz oxidara los cuchillos y ennegreciera la plata como si ésta hubiese probado de pronto el sabor de un hongo venenoso.

Así comenzó todo.

Después, vinieron otras aguas: cordonazos, equipatas, nortes y chubascos completaron sus ciclos. Entraban en las cajoneras y se iban después de descargar su llanto, dejando en las tablas de pino y roble el olor del bosque revivido.

Entonces, si alguien entornaba la hoja del trinchador, asomaban los rayos y las centellas y se escuchaba el rugido del trueno y el viento meciendo las copas de los árboles. Una vez que nos acostumbremos al prodigio, rodeábamos

3 años leyendo en libertad los muebles para ver lo que en la profundidad de su corazón sucedía como cosa de encantamiento. Pero también aprendimos de las lluvias del odio y las rencillas.

Llegaban como monzones para sacudir los armarios de quienes andábamos con el ceño fruncido y con la mala sangre en la mirada. Y hasta un meteoro de rencor hubo que se convirtió en aguanieve en el tocador de una hermana despechada de amores.

Otras eran las nubladas que se nos entregaban como las alegrías y las rondas infantiles, que repicaban a la risa de los adultos con el dulce sonido de los metales, que escurrían como hilos brillantes sobre los vasos, la porcelana y las tazas de café. Eran aguas de sobremesa, apacibles como corderos que dejaban abiertos los aires de la conversación y el reposo de los licores en la credenza.

Y había también una lluvia para enamorados, oscura, cálida y misteriosa. Era un chaparrón travieso que sólo aparecía en las gavetas de los afortunados y que alguna vez manchó con sus salpicaduras la bombonera de una tía solterona y en otra ocasión amaneció en el baúl de las sirvientas.

Existía una torva que los niños amaban porque les permitía mojarse contraviniendo las prohibiciones maternas, a la hora de jugar a las escondidillas y buscar el refugio seguro del desván y los roperos. Sus gotas refrescaban en la temporada de calores y eran como la leche tibia de las meriendas cuando el invierno arañaba nuestra puerta. Era una lluvia juguetona que envolvía con sus nubes a los soldados de plomo hasta deslavar sus uniformes, liberándolos de sus bandos y sus órdenes.

El último de los aguaceros auguraba desgracias: sus nubes se apiñonaban negras en los gabinetes y los escritorios de los desventurados y dejaban manchas de barro incluso ahí donde la limpieza era constante. Su lloviznar era lánguido y lóbrego, desvelaba los corazones y aumentaba las zozobras.

Jamás las nombramos aunque nos habituamos a su presencia: ya no nos sorprendía aquel viento frío que la acompañaba y menos aún la oscuridad, la bruma, los lamentos. Algo de fantasmal vivía en sus aguas y si en un descuido nos tocaba la punta de los dedos, dejaba en ellos el hielo de la muerte y los golpes de la desolación.

Pero, así como llegaron, las lluvias se fueron, sin dar aviso.

Fue una madrugada porque a la mañana siguiente los cajones de la familia recuperaron —secos y frescos— el olor de las bolas de naftalina que la abuela ponía en todos los rincones para preservarlos de la polilla y los malos humores.

Nunca más aquellos temporales volvieron a perturbar la casa. Pero es seguro que la humedad anidó en nuestros corazones porque de otra manera no se explica esta facilidad que tenemos para el llanto.

Hernández



San cocho

Eugenio Aguirre

¿Por qué se impuso la obligación de caminar desde las faldas del Cotopaxi, vestido tan sólo con un portaviandas de algodón negro que apenas servía para cubrirle el chilorio, hasta las playas de Guayaquil? Nadie lo sabe todavía. ¿Por qué al pasar frente a un costado de la siniestra silueta del Chimborazo, se detuvo a hacer de las aguas y ello le ocasionó feroz riña con el Adelantado Godínez, morralla del peculio del Capitán Pizarro, quien le lanzó soez piropo? Nadie lo supo ni lo sabe. ¿Por qué accedió a subir a la nao que transportaba a Felipe de Jesús y a otros frailes hacia el Oriente desmedido, y acompañarlos en pos de una suerte incierta, sólo porque la palabra del novo hispano se parecía al trino de las aves chichicuiloteras que vuelan en aquellas latitudes? ¿Quién puede decirlo?

Lo cierto es que Cocho Abigeorrabieta se acurrucó sobre la banda de estribor del galeón Horripilante, y se dejó llevar por los caprichos de la mar durante un año, hasta arribar al nefasto lugar desde donde, estaba escrito, subiría al reino de los cielos.

Un año que fue epígrafe, preámbulo, prólogo del razonamiento que le hizo verse, primero, como una entidad etérea rodeada de querubines, amorcitos y putis adosada a un retablo barroco de la catedral de Quito e iluminada por cientos, qué digo, miles de veladoras alentadas por las manos miserables de multitud de indígenas arrobados por su excelsa beatitud; y, después, en un arranque místico aunque un tanto surrealista, como un concepto gastronómico que igualaría, en su barbarie, a la cocina rudimentaria de la pérfida Albión, más adelante transformada en Bretaña, Inglaterra, Reino Unido, y en su soberbia cósmica, Common Wealth: roast beef blue o, en castellano, filete de res sancochado.

Larga travesía para un hombre de temperamento sanguíneo, pronto al revire y a la estocada verbal, efervescente como las olas del Cantábrico que bañan los acantilados de Mundaca, villorrio del que procedía su estirpe, y que, como buen vasco, comía impaciencia de las manos del tiempo. Larga, porque él iba convencido de que sus fonemas vascuences serían inteligibles a los habitantes del shogunado de los Ashikagas del Imperio del Sol Naciente y su evangelización pan comido.

La inmensidad y la soledad del mar fueron su casa durante doce meses. El Horripilante su ermita, porque desde que abordó, se negó a intercambiar palabra con los franciscanos congregados alrededor de Felipe de Jesús y a rezar las oraciones y los maitines que estos entonaban a fin de procurarse la bendición de los arcángeles; no se diga con los oficiales y la tripulación del barco, ignaros por quienes manifestó un desprecio fundamentalista.

Durante el periplo del Este hacia el Oeste, Cocho mantuvo a sus mandíbulas siempre rumiando, de suerte que las convirtió en el belfo de un semoviente que, de popa a proa, de babor a estribor, practicaba los sustantivos, los adjetivos y los verbos que creía traducir de un diccionario chino - castellano a la lengua de Euskadi y, de ésta, a los ideogramas nipones que, por su similitud en el trazo o la pulcritud en la pincelada, se parecían a los sancionados por Confucio. Así, cuando la nao arribó a las costas de la gran isla de Kiusiu y, después de bordear hacia el sur por la costa, sus tripulantes y pasajeros llegaron a la bahía de Nagasaki, Cocho Abigeorrabieta no sólo se sintió seguro de su dominio verbal, sino que tuvo la certeza de haberse convertido en un factor insustituible, en un elegido; subestimando, en forma por demás arbitraria, el aura que rodeaba la figura de Felipe de Jesús y la aureola que pendía encima de las testas de sus correligionarios, y que ya algo le anunciaban.

Desde un principio las relaciones con los japoneses fueron álgidas. Las guerras intestinas entre los señores feudales y los samurais a su servicio, que darían paso al advenimiento de la era Hideyoshi y a un recrudescimiento en la persecución de las órdenes religiosas llegadas de Occidente, especialmente la de los Jesuitas, habían creado un vacío de poder que impedía, en ese momento (1596), cualquier intento espiritual por iniciar un diálogo que propiciase la conversión del Japón a la fe católica.

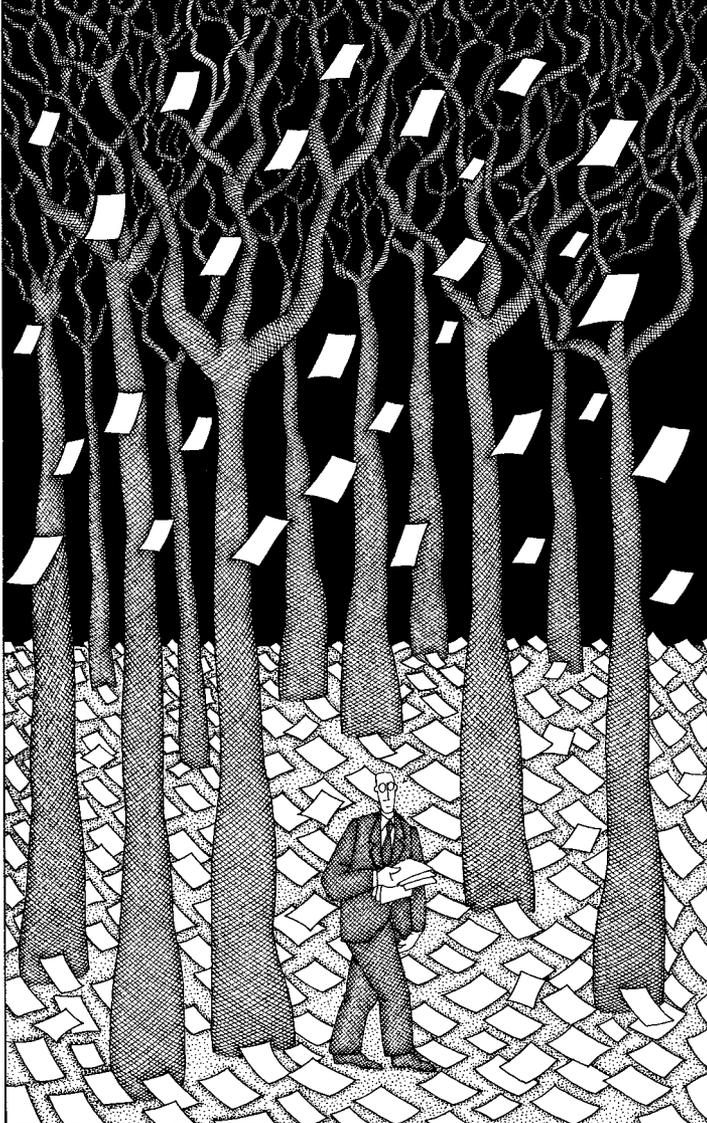
De nada sirvieron las extrañas guturalizaciones, que asombraron a propios y extraños, de Cocho frente al señor Utamaro que les cerró el paso en su camino hacia Nagasaki, y menos sus aspavientos melodramáticos de su versión co-

3 años leyendo en libertad reográfica del Testamento y los ideogramas que dibujó sobre la greda del camino. Nadie, ni el japonés ni los cristianos, pudieron comprenderlo; mas lo que sí logró fue despertar la cólera terrible del señor Samurai cuando, traduciendo libremente las palabras y los gestos de éste, representó para los frailes el significado del patronímico Ashikagas, destrabándose el portaviandas y defecando en cuclillas; creyendo el infeliz que era lo que se le pedía como un acto de sumisión y reconocimiento de la autoridad.

El juicio a los frailes en las playas que tiñe el mar Amarillo, fue sumario. Su sentencia, un abominable martirio. Felipe de Jesús y su séquito de franciscanos fueron aseteados directamente a la cara. A Cocho, en cambio, el Samurai lo condenó a morir asado sobre una parrilla de metal, a la que antes se le untó grasa de ganso salvaje.

La canonización de San Cocho fue beneficio de bulto. Se le consideró protomártir junto con los demás franciscanos; sólo que en la sepultura donde simbólicamente descansan sus restos, un entendido, tuvo que serlo, que conoció la historia verdadera de los hechos, agregó una apostilla al epitafio que dice: Traduttore, tradittore; hecho que quizá justifique el por qué se le venera como santo patrono de las escuelas de idiomas en las poblaciones de la cuenca del río Napo, en el Amazonas ecuatoriano.

Huidobro



El tiro por la culata

Mariluz Suárez

RAMÓN: (LIMPIÁNDOSE EL ROUGE ALREDEDOR DE LOS LABIOS) Me las vas a pagar, te lo juro, me las vas a pagar. (ELLA CORRE Y SE REFUGIA EN EL BAÑO DE DAMAS)

RAMÓN: ¡Te voy a matar, te voy a matar!

MUJER: (IMPIDIÉNDOLE EL PASO) Yo también joven, preferiría muerto a mi marido que verlo con otra mujer.

RAMÓN: Y, ¿quién ha dicho que ella es mujer?

La vanguardia con sentido del humor

Carlos Monsiváis

La vida de Guillermo Prieto involucra o contiene elementos extraordinarios: relatos de primera mano de hazañas históricas, poesía heroica y popular, crónicas que fijan y exaltan costumbres, impulso autobiográfico más social que personal, responsabilidades políticas muy diversas, oratoria cívica, patrocinio teórico y práctico de una literatura nacional, incesantes tareas legislativas, historias de la nación y del mundo, sentido del humor en el medio solemnísimo, sátiras que son guías para la acción, destierros por resistir a los tiranos, defensa intrépida del pensamiento liberal y el orden constitucional, enfrentamientos con un emperador y con el Benemérito de las Américas, lucha incesante por la libertad de expresión. Como casi ninguna otra, la trayectoria de Prieto sintetiza el valor, el talento, el buen humor, el entusiasmo, la indignación patriótica y la generosidad de un grupo de la vanguardia intelectual.

Con elocuencia, el siglo XIX mexicano (sucesión y entreceramiento de etapas, tendencias y sociedades) se con-

centra en el proceso de un periodista, escritor y estadista. La vida y la obra de Guillermo Prieto describen lo que significó ser “hombre de su tiempo” en una nación que se integra penosa y ardientemente, entre hazañas y traiciones (entre incomprensiones y confusión), entre deslealtades y oportunismos (entre actitudes proféticas e inmolaciones). Prieto es hijo puntual y negador contumaz de su siglo, el más atento y el más regocijado, el más ritual y el más espontáneo. Por eso es sencillo “recuperarlo” en el sentido crítico tan de moda que acude al pasado en busca de iguales. Los escritos y la existencia misma de Prieto parecen pródigos en guiños y saludos a lectores y espectadores del porvenir. Amante profundo del heroísmo, no se sabe o no se quiere héroe, y debido al recuento jovial de su conducta y a su pasión por lo cotidiano y lo popular, aún se relaciona magníficamente con el tiempo actual. Prieto es nuestro contemporáneo no sólo por la persistencia de buen número de situaciones y relaciones sociales por él vividas, sino por proponerse a sí mismo como personaje heterodoxo: el cantor homérico con vocación rabelesiana; el héroe real que prefiere describirse como mero portador de fuerzas que de pronto, casi al azar, lo encumbran; el protagonista histórico por accidente y el protagonista histórico por vocación.

Para leer a Prieto el lector debe prescindir de la estrategia que hace del pasado una proyección desvaída y dócil del presente, y atenerse a un convenio: conjeturar a propósito de un país escasamente poblado, donde todos (es decir aquellos pocos que cuentan) se conocen hasta el hartazgo, y los demás (es decir, el populacho vil o el pópulo bárbaro, paisaje naturalmente borroso si bien le va), se despliegan como

3 años leyendo en libertad vaguedades o sombras para mejor dejarse definir. Para entender a Prieto conviene visualizar como un todo férreo a la red de luchas intestinas, incomprensiones del caudillismo, codicias imperiales, intolerancias, fobias religiosas, desgarramientos ideológicos, insalubridad, hacinamiento para las mayorías, caminos malos e infrecuentes, pompa y protocolo en las clases dominantes, acatamiento unánime del patriarcado. Ésta es la levadura de la subjetividad.

(Tomado del libro *Las herencias ocultas*, Ed. Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América)

Carlos Montemayor

Hay tardes en que la patria es la esquina
donde nos detenemos indecisos,
sin casa ni calle donde erguirnos,
ante un castigo del que otra vez salir queremos.
Y como si miráramos desde lo alto de un faro, de
un peñón,
esa esquina revela todo lo ajeno, todo lo que no
podemos ser.

La patria quisiera en esos momentos ser otra,
un vino nuevo, un país nuevo;
o quisiera otros hijos, otros amigos,
una riqueza más abundante que dos recuerdos,
una mujer que no hubiéramos nunca amado.
Y asciende hasta los ojos que la desconocen.
para saber por qué la miramos así, nueva,
irreconocible.

Asciende para entender por qué ese vacío,
por qué esa fatal ciudad, la esperan.
Y el día lentamente gira, retorna sobre nuestras mismas

3 años leyendo en libertad
casas, sobre nuestro mismo silencio.

Y quedan los edificios de la ciudad atentos a los que junto a
ellos

nos detenemos,
con la sombra vacía que proyectamos en esas tardes, una
sombra más fiel que los cuerpos,
una sombra que se inclina sobre la tierra,
sobre el sucio y extenso suelo de las ciudades
para besar el apego ciego de otras piedras
que son parte del mismo vacío de este mundo, parte de una
misma solitaria patria,
de una misma irrepetible vida que se sostiene en su suelo.

(Tomado del libro *Abril y otras estaciones*, Ed. FCE)

Eduardo Monteverde

Me arranqué un listón de piel y lo anudé a mi cuello voy a demostrar que no sirvo para nada

Quiero ser un viejo largo
de barba descuidada
ojos hundidos
nariz de águila
frente desesperada

Vestir una camisa de cuadros rojos y azules desteñida
pantalones marrón castaño flojos y de pana
para cubrirme en la cubierta
la gabardina con mancha gris de la nebulosa
de cafés y bares

Para calzar
zapatos remendados por algún sepulturero
y en la boca una pipa comprada en Dinamarca
No quiero que los niños se percaten de mi paso tampoco
deseo romperle el miedo a ningún marinero

anciano

pero acaso

tal vez

le aceptara un acanto a una joven que fue y pasó

ajena

caridad de ceniza

agonía de zorzal

Quiero oler a libros y a tabaco

ver con tiempo de borrasca

que me miren nublado

anhelo ser angosto pero de tranco afinado de orilla

de sable

Vivir en una casa flaca

a orillas de un canal

y poder morir a ratos

de mi piel hacer un museo para repasar mi historia

la escribiré con entierros

dibujada con sueños

seré todo un litoral con su atardecer jaspeado

rostros de perversidad

siglos de los lodos

en los que se bañaron Moisés y el capitán Ahab

barrenos la soledad escrita como epístola en la

arena

un cañón que apunte hacia el espanto

y una hoguera

para quemar en silencio

todo lo que ha sido estela

Eduardo Mosches

Duelo

Las nubes se dispersan con el empuje
de un viento creado por aviones,
que rasga el momento previo al desayuno.

La mesa se tambalea junto al niño
cae el vaso y su líquido
en una estela lenta quebradiza.

Sus ojos se impregnan de pavor
ante el sonido duro seco estridente
la garganta se cierra como puerta
de metal sobre unos dedos.

La explosión hizo trizas el espejo
de sus propias facciones.

El polvillo de la casa
será acariciado con suavidad
por el sol que ha salido
como todas las mañanas.

*A la memoria de Omar Hussein Dardoura,
niño asesinado en Gaza*

Paseo de la Reforma

Humberto Musacchio

Herencia de un periodo trágico, el Paseo de la Reforma pudo ser una larga cicatriz en el rostro ciudadano. Pero no lo es. La vía, pese a haber nacido en el Imperio, se hizo adulta en la República y lo imaginado para el solaz de los monarcas y su corte rinde un cotidiano servicio a la más cabal y cotidiana democracia, pues ahí ocurre la necesaria convivencia de los diferentes y de los contrarios, la igualdad de los sexos y el roce natural entre plebeyos y pudientes.

Para beneficio de la convivencia, el Paseo es expresión, contienda y tregua de las clases sociales. Sobre su asfalto transita la ciudad nuestra de cada día, con sus certezas y sus deseos, sus ansias y su búsqueda perenne. Por sus banquetas deambulan el anhelo imberbe y la nostalgia en canas; van del brazo la inocencia y el pecado, el vicio y la virtud. En el bravo hormigueo del gentío hay un catálogo de fisonomías infinitas, una elocuente y variada muestra de humanidad. En la feria de gestos y actitudes se agita un abanico inabarcable de seres y pareceres, de ideas y sentimientos, de orígenes e historias.

Entre el rugido y la humareda de los motores, el pavimento es teatro de la sátira política, tienda abierta a todas las mercaderías, escenario de prisas y negocios, paso inacabable de personas, pista de la pasión y el desafío, ámbito del amor furtivo, paradoja en que conviven solidaridad y competencia, riesgo y garantías, triunfo y derrota.

Quizá por su origen caprichoso, idea loca de una emperatriz demente, Reforma es un racimo de encantamientos. En sus prados y banquetas, a la espera de transporte o en la búsqueda de emociones nuevas, se desliza el ardor contenido de amores en proceso. Los cortejos pedestres se van de pinta a Chapultepec y una magia moderna bendice la seducción motorizada. A lo largo del día corre por su asfalto un caudal incesante y al paso de los coches marchan los árboles en hileras, como generosos guardianes de la vida.

Reforma es siempre igual y es diferente. En el sol de sus mañanas se arropa el frío de las primeras horas, cuando muchedumbres somnolientas y veloces son devoradas por los edificios de oficinas o se acomodan en busca del primer café. Luego viene un intenso deambular de ambiciones, un tráfico incesante de personas, una poderosa fuerza que va y vuelve, se mete en cada puerta y reaparece. Son legiones de empleados y empleadores, un irreprimible furor de compra-venta, la calentura vital de los negocios. En medio de miradas resueltas e impersonales, con propósitos en marcha y un febril intercambio de intenciones, se produce entonces una extraña intimidad pecuniaria, compulsión que marca en sus espasmos la temperatura mercantil.

A las dos, tres de la tarde, legiones hambrientas salen en busca de alimento. Aquel ejército de saco y corbata

se dirige a los figones cercanos. En el contingente marchan bellas jovencitas de talante secretarial mientras los altos jefes montan en sus máquinas, ansiosos de arreglar asuntos a lanzadas de tenedor y cuchilladas al filete. Una, dos horas después, la enorme legión regresa ahíta a sus cuarteles y reinicia labores en la brumosa pesadez vespertina.

Por la tarde el sol pinta los árboles de oro y de sus ramas se desprenden racimos de promesas. De Tlatelolco a las Lomas, el jardín más largo de la urbe cambia de colores, la fuente de la Diana entona esplendorosa su canto de cristal y las piedras y el bronce sonríen para adornar la fiesta de los cines y los bares. Ha empezado el solaz y en él entran las huestes que llegan del trabajo.

El anochecer es la hora estelar del Paseo de la Reforma: jóvenes bandadas exhiben su alegría y entonces como nunca la belleza brota. Los cuerpos despliegan indumentarias nuevas y la ciudad asiste a un desfile de modas. En las aceras, firmes, otros cuerpos buscan el cielo con gracia arquitectónica y las palmeras se agachan displicentes ante la mirada luminosa de los arbotantes.

En olor de multitudes Reforma se adentra en la noche, reto y obsequio para los audaces. Ido el sol, aquel torrente de automóviles se transforma en un río de luz que no se detiene. Las estatuas bostezan, pero gritos y claxonazos les impiden conciliar el sueño. El jardín interminable con su prodigiosa colección de monumentos sufre sus diarias horas de insomnio y el movimiento no cesa, pero se apacigua cuando la metrópoli decide irse a dormir. Mañana será otro día y el Paseo seguirá ahí...

Todo está permitido

(Fragmento)

Óscar de la Borbolla

Al aterrizar en el aeropuerto de México, Gabriela pudo destrabar los maxilares. Su rabia contenida brotó entonces como una catarata de palabrotas que acalló el rugido de las turbinas y asustó a los pasajeros, cuyo nerviosismo les hizo confundir la explosión perdularia con el estallido de los neumáticos del tren de aterrizaje. ¿Qué le ocurre, señorita?, le preguntó una azafata, tranquilícese por favor. Pero Gabriela, ¿cuál calmarse?, se siguió desahogando. Que le tapen la boca a esa ordinaria, gritaron algunos cuando se les pasó el susto; pero la furia de Gabriela retumbó otra vez haciendo vibrar las alas y el fuselaje del avión. Nadie entendía la causa del escándalo, ni siquiera el secretario particular que también venía en el avión echando chispas por ser un pendejo convicto y desempleado. Y es que la ira de Gabriela no respondía al puntapié recibido en Cancún, sino al mal de ojo que años atrás le había hecho su madre, a esa mirada de maldición que le lanzó al morir y a la que Gabriela atribuía su mala suerte cada que los madrazos del destino la dejaban aturdida y con los maxilares trabados. Contra esa maldición despotricaba, contra lo único que, según ella, seguía vivo de su madre.

Tenía entonces 16 años y, aunque desde niña sólo había hecho su santa voluntad, sentía la urgencia de rebelarse, de ponerles un parón a su madre y a su abuela: estaba harta de fingir, de salirse con la suya a escondidas: la madre dijo no, la abuela dijo no y ella dijo púdranse. En esta simplísima ecuación se resume el conflicto que provocó el mal de ojo, pues Gabriela, luego de decir púdranse, echó a correr, trepó a un camión y ninguna de las dos mujeres supo de ella durante 20 días. ¿Cuál ha sido mi error?, preguntó la madre de Gabriela a la abuela de Gabriela: la eduqué como tú me educaste; yo jamás salí corriendo. Es que las muchachas ya no son como antes, dijo la abuela, en mi época qué esperanzas de que una chiquilla desobedeciera a su madre: con mover una ceja era suficiente, y se enfrascó en una disquisición de sociología comparada en la que estos tiempos resultaban peores que los otros tiempos, porque estos tiempos son un desgarrate y, en cambio, en mis tiempos bastaba con mover una ceja, ¿te acuerdas? Y la madre de Gabriela se acordó de las miles de veces en que esa seña la había obligado a permanecer quieta, cruzada de brazos y sin atreverse a abrir la boca, porque en aquellos tiempos el orden estaba tenso, una red de hilos invisibles y muy estirados mantenía sujetas a las hijas y a los hijos y cada cosa en su lugar y un momento para cada cosa, y por eso bastaba con mover una ceja para dar un tirón que te ponía en tu sitio, y hoy, en cambio, el relajo: la relajación de las costumbres, la elasticidad de las riendas morales, la falta de tensión de las líneas de mando. Todo está flojo y por más que tires y tires nunca jalas en verdad, ya no es como antes, ya no es como en mi época.

Óscar de Pablo

Éramos ratones

Temblando en un rincón de casa de mi madre, allá
en la casa

enorme de mi madre. Mi madre, una princesa
sin príncipe y sin rey, ya entonces era frágil
como una veladora; su casa era un rincón adentro
de su casa.

Dentro, llena de miedo, repartía a sus dos hijos
vestigios ínfimos de azúcar y de queso. Siempre
fuimos ratones
allá en la casa enorme de mi madre. Los tres nos
ocultábamos

en los resquicios, soñando con veneno
para ratas, pues

éramos pequeños
e indeseables ratones, allá en la casa enorme de
mi madre.

No sé quiénes serían los verdaderos dueños de
aquella casa

enorme de mi madre. Los verdaderos dueños

de los que

había que huir,

no sé quiénes serían, allá en la enorme casa
enorme de mi madre.

Acaso los ratones.

Ecós del 68

Francisco Pérez Arce

Manifestaciones ayer, 13 de diciembre, demandaron la libertad de los 14 que nos faltan. Exigen, como en el 68, libertad a los presos políticos. Son nuestros 14 presos políticos de hoy. Están privados de su libertad por haber manifestado pacíficamente sus ideas el primero de diciembre. La policía los agarró cuando recibieron la orden de detener... y no detuvieron a los culpables de los actos violentos, sino a quienes se manifestaban pacíficamente... los agresores se habían esfumado. La policía lo sabe. Lo sabe el Ministerio Público y la juez. Por eso liberaron a 56 de los 70 detenidos. Los 14 que nos faltan no son casos distintos de los ya liberados.

La Procuraduría General de Justicia de Distrito Federal, los policías que los remitieron, y la juez 47 que ordenó que siguieran presos, los acusan de ataques a la paz pública, tipificado en el artículo 362 del Código Penal del DF, un delito de carácter político, equiparable al de terrorismo, por el cual se pueden aplicar penas de cinco a 30 años de prisión (sin derecho a fianza), y pueden ser aumentados en 50 por ciento si se presenta el agravante de haber sido cometido en

3 años leyendo en libertad pandilla. Es decir, se pueden aplicar penas de hasta 45 años de prisión. Diría que es desproporcionado si no fuera porque es estúpidamente injusto. Ayer, los manifestantes levantaron, con toda razón, la demanda de derogar el 362.

Cincuenta y seis de los 70 fueron liberados. Se reconoce así que fueron detenidos injustamente y perdieron nueve días de su vida en libertad. Sin razón alguna. Por acciones y omisiones de autoridades policiacas y judiciales. Además, hay denuncias de tortura física y psicológica. Si tales comportamientos de las autoridades no se sancionan, se tolera y santifica la impunidad. Hay voces que exigen, con toda razón, deslinde de responsabilidades: que se investigue y sancione a los culpables de violar las garantías individuales y los derechos humanos de los 70 detenidos.

En el 68, los estudiantes levantaron como bandera un pliego de seis puntos. Tres de ellos hoy se repiten:

- 1) Libertad de los presos políticos. Entonces los presos eran los líderes ferrocarrileros, culpables de haber encabezado una huelga en 1959. Hoy son los 14 que nos faltan, culpables de ejercer su derecho a manifestarse pública y pacíficamente.
- 2) Derogar los artículos 145 y 145 bis del Código Penal Federal, que tipificaban el delito de disolución social, delito político, que se aplicaba a dirigentes sociales, con el que se mantenía en prisión a los líderes ferrocarrileros. Hoy se pide derogar el artículo 362 del Código Penal local,

que tipifica el delito de ataque a la paz pública, del que se pretende acusar a los 14 que nos faltan.

3) Deslinde de responsabilidades. Entonces, en julio del 68, hubo heridos y muertos, y evidentemente había responsables en el gobierno. El deslinde de responsabilidades era la exigencia mínima contra la impunidad. Ahora también hay heridos. Afortunadamente no hay muertes que lamentar. Pero se violaron los derechos de 70 ciudadanos a quienes se privó injusta y arbitrariamente de su libertad. A 56 de ellos durante nueve días. Y a los 14 que nos faltan, por un tiempo que aún no termina. Cada día que permanecen en prisión es un día más de injusticia.

De aquellos seis puntos del 68, hoy se repiten tres. Es lamentable que el gobierno al que en estos días se exige su cumplimiento sea el de la Ciudad de México, un gobierno de izquierda que, nadie puede ignorarlo, está ligado históricamente con los movimientos antiautoritarios y justicieros de nuestro pasado reciente.

(Publicado en *La Jornada* el 15 de diciembre de 2012)

El último round

Eduardo Antonio Parra

Lo creíamos capaz de muchas barbaridades, pero no imaginamos hasta dónde podía llegar. Se le consideraba un vecino pues andaba en el barrio desde antes que cualquiera de nosotros. Sus harapos astrosos, ese mal olor que en verano revolvió el estómago, los pelos empastelados y las verijas aireándose por los agujeros del pantalón nos resultaban tan familiares como el puesto del Pancho, el taller o los aromas dulzones de la taquería de doña Luz.

Jamás dijo su nombre. Lo llamábamos el Campeón porque cuentan que hace muchos años ganó el Guantes de Oro. Seguro de los golpes quedó así, tocado. Y no se dejaba de nadie. Por una nada se arrancaba a discutir y por otro poco a tirar guamazos. Según él defendía su libertad, el derecho a pasear sus pies descalzos por la calle. Fue feliz hasta cuando vinieron los del municipio a rebanar la manzana de enfrente para que por aquí pasara la avenida. Cosas del progreso. Ya se sabe: la ciudad crece.

Con la ampliación todos perdimos tranquilidad y él se vio bastante afectado. Se la pasaba el pobre corre y corre de una banqueta a otra, toreando los carros que venían a

madres, siempre a punto de llevárselo de corbata. Se tardó, pero al decidir no aguantar más empezó el contraataque: a los pitos respondía con mentadas y aspavientos, a los insultos con señas obscenas. Hasta se bajaba los pantalones si quienes lo agredían eran mujeres. Nosotros nos reíamos y le echábamos porras. Y él alegue y alegue que había que protestar contra esas bestias y quién sabe qué tantos disparates...

Sí, en los meses de verano sus locuras se volvieron peligrosas: tiraba piedras y vidrios en los carriles, aventaba bolsas de basura al paso de los vehículos. Ya no nos daba tanta risa. En una ocasión, un taxista se bajó enojadísimo porque una botella le ponchó la llanta. Yo lo vi todo desde la tienda. Se trezaron y el Campeón, sin olvidar los buenos tiempos, dejó al chofer para el arrastre. Atizaba reteduro. Al rato el tipo volvió acompañado de la patrulla, mas no lo hallaron: lo escondió el dueño del taller y los vecinos juramos no haberlo visto nunca. Se fueron como vinieron.

Eso lo animó a seguir, digo yo, aunque con los calores se nos estaba pirando. Se me hace que la canícula y el tráfico le aceleraron la locura. Una tarde, tras regar los cuatro carriles de mugrero, se aplastó en mitad de la avenida. Me di cuenta al oír los rechinidos y al salir me topé con la circulación parada. Doña Luz le advertía: ¡Te van a apachurrar!, y él medio tartamudo contestó que si hacía falta el sacrificio, se moría pues. De pronto aparecieron los azules, y el Campeón a surtir trompadas hasta que lo achicaron entre varios. Quedó bien cateado. Unos dicen que lo entambaron; otros, que lo encerraron en la casa de la risa. Sabe. Eso sí, en menos de dos semanas lo teníamos por aquí de nuevo. Y la película se repitió hasta el cansancio: él, con ganas de morirse, echado como

vaca en el pavimento, y los patrulleros a treparlo a punta de macana. Hasta el mediodía en que cargó con el galón de gasolina. Increíble, pero nadie se olió lo que traía en mente. Era la hora pico y el Campeón, según su costumbre, volteó los botes de basura y a patadas destripó las bolsas entre los rugidos de los carros que le pasaban rozando. Cuando iba a plantarse en medio del tráfico, se acordó de algo y vino a la tienda. Lucía sereno, raro en él. Me encontró con un cliente y nomás me dijo que si le regalaba un cerillo. Le di la caja y salió. La verdad, en ese momento sentí un cosquilleo en el estómago, semejante a un presagio. Sin embargo, con mis ocupaciones, no hice caso.

Y el primero en gritar fue el Pancho: ¡No lo hagas, Campeón! Y de inmediato dos muchachas se detuvieron en seco frente a la tienda con cara de horror y una de ellas pegó un chillido. Se armó un escándalo de los mil demonios. Mientras brincaba el mostrador alcancé a escuchar un claxonazo seguido del rechinar de llantas y luego el deslumbrón igual que si el sol se hubiera desplomado encima de la calle. No pude llegar a tiempo.

Así acabó el Campeón. No lo hemos vuelto a ver. Por ahí me aseguraron que lo tienen en un sanatorio especial, y que está muy quietecito, muy sonriente. Al verlo acercarse como si fuera a limpiarle el vidrio, el conductor abrió la puerta y salió corriendo. El Campeón entonces, con total parsimonia, roció la gasolina encima del coche. Me dijeron que parecía feliz en el instante de prender el cerillo. Después se sentó a contemplar las llamas con expresión de triunfo. Y cómo no, si finalmente había derrotado al enemigo.

(Tomado Tomado del sitio: sinaloalee.blogspot.mx)

Las Leyes de Reforma

Pedro Salmerón

Las Leyes de Reforma fueron un arma eficazísima en manos de los liberales, que en 1860 revirtieron la marea de la guerra civil y destruyeron en los campos de batalla a los ejércitos conservadores. Sin embargo, al ser derrotados, regresaron con un ejército extranjero de ocupación que llegó a tener 40 mil hombres.

Durante cinco años más, de 1862 a 1867, los liberales lucharon en defensa de la República y de la soberanía nacional contra el mejor ejército de tierra del mundo, al que finalmente expulsaron. Así conquistó la República el derecho indiscutible de llamarse una Nación. Nunca más potencia alguna pondría en tela de juicio la soberanía de México. Nunca más se discutiría el lugar de México en el concierto de las naciones.

Tras la derrota de los invasores y la ejecución del príncipe austriaco que estos pretendieron imponer como monarca de los mexicanos, el presidente Juárez entró triunfalmente a la capital, el 15 de julio de 1867. Fue recibido con enorme júbilo y al llegar a Palacio Nacional emitió un manifiesto que decía:

Mexicanos: El Gobierno Nacional vuelve hoy a establecer su residencia en la Ciudad de México, de la que salió hace cuatro años. Llevó entonces la resolución de no abandonar jamás el cumplimiento de sus deberes, tanto más sagrados, cuanto mayor era el conflicto de la Nación.

Fue con la segura confianza de que el pueblo mexicano lucharía sin cesar contra la inicua invasión extranjera, en defensa de sus derechos y de su libertad. Salió el gobierno para seguir sosteniendo la bandera de la Patria por todo el tiempo que fuera necesario, hasta obtener el triunfo de la causa santa de la Independencia y de las instituciones de la República.

Lo han alcanzado los buenos hijos de México, combatiendo solos sin el auxilio de nadie, sin recursos, sin los necesarios para la guerra. Han derramado su sangre con sublime patriotismo, arrojando todos los sacrificios, antes que consentir en la pérdida de la República y de la libertad.

El manifiesto seguía en ese tono, dando las gracias a los mexicanos que habían defendido la Patria y a “sus dignos caudillos”. Que, a su vez, el gobierno había cumplido con su deber al no contraer ningún compromiso que menoscabara la soberanía de la Patria y la integridad de su territorio, y al mantener vigentes y sin interrupción la República, la Constitución y las Leyes.

Alcanzada la victoria, decía el presidente Juárez, suena otra hora para México: era llegado el momento de conso-

lidar la paz y extender a todos los mexicanos la protección de las leyes: “Que el pueblo y el gobierno respeten el derecho de todos. Entre los individuos como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz”.

Superada la dolorosa experiencia de la guerra, llegaba el momento en que todos los mexicanos “cooperemos al bienestar y la prosperidad de la Nación que sólo pueden conseguirse con inviolable respeto a las leyes y con la obediencia a las autoridades elegidas por el pueblo”; pues terminada la guerra, era la hora de convocar al pueblo para que eligiera con absoluta libertad a sus mandatarios y representantes.

Mexicanos —terminaba el manifiesto—: hemos alcanzado el mayor bien que podíamos desear, viendo consumada por segunda vez la Independencia de nuestra Patria, cooperemos todos para poder legar a nuestros hijos un camino de prosperidad, amando y sosteniendo siempre nuestra Independencia y nuestra libertad.

El texto marcaba con claridad meridiana el significado del triunfo de la República y las tareas por venir. La hazaña de México en defensa de su libertad hizo que el nombre de nuestro país fuera conocido en todo el mundo occidental por primera vez en nuestra historia, pronunciado con respeto.

El triunfo de la República trajo variaciones inmediatas a la vida de México. La primera en percibirse fue la transformación radical de nuestras relaciones con las potencias

3 años leyendo en libertad
extranjeras: el desdén, los insultos y abusos de la diplomacia imperialista, tanto europea como estadounidense, dieron paso al respeto que se debe a las naciones soberanas organizadas conforme a derecho.

En lugar del falso concepto que se tenía de los mexicanos como pueblo degenerado, y de nuestras revoluciones y conflictos como convulsiones de una Nación que se disuelve, se entendió a nuestro país como una sociedad que se esforzaba por constituirse a sí misma.

El propio Juárez señaló, en un brindis pronunciado en Chihuahua en diciembre de 1866, la nueva posición internacional de México:

Vemos a los franceses partir de nuestro territorio, pero hay otras naciones que hablan de intervenir en los asuntos de México. Nada de esto queremos, ni de Francia, ni de España, ni de Inglaterra ni de los Estados Unidos. Nos creemos capaces de gobernarnos por nosotros mismos si se nos deja en libertad de hacerlo.

Preciso es que nuestro territorio permanezca intacto y que restablezcamos en él las Leyes de Reforma por las que luchamos de tiempo atrás. Con la retirada de los franceses tendremos la paz y la prosperidad. Señores, brindo por la libertad y la Reforma, por la paz y la nacionalidad.

Los hombres que tomaron las riendas del país, tras el triunfo de la República, llamaron a la guerra contra la intervención francesa y el Imperio de Maximiliano “nuestra segunda independencia”, tal como hizo el propio presidente Juárez en el manifiesto que dirigió a los mexicanos al reinstalar los poderes de la República en la Ciudad de México.

Para ellos, Juárez había culminado la obra iniciada por Hidalgo y Zaragoza, González Ortega, Escobedo, Díaz y los demás; la de Allende, Aldama, Morelos, Guerrero e Iturbide. Gracias a ellos, México era por fin una Nación soberana, constituida de acuerdo a los criterios de su época.

El triunfo de la República fue también el de un modelo político moderno, duradero, pues con los necesarios cambios y adaptaciones, sigue siendo vigente: el régimen político previsto en la Constitución de 1857 y triunfante en 1867 tiene como piedra angular, como elemento fundamental, el régimen republicano, representativo y federal levantado sobre los dogmas de la soberanía popular, el sufragio universal y la división de poderes.

Además una forma de gobierno que se ha mantenido vigente y sin disputa durante un siglo y medio, con el triunfo de la República se alcanzó un equilibrio político que duró 47 años, equilibrio inaugurado por los cinco años de presidencia de Benito Juárez.

El modelo de Nación liberal que empezó a construirse entonces tuvo sus defectos y generó nuevos problemas y conflictos, aunque ya no los de una Nación inexistente, desunida y víctima directa de las grandes potencias, sino los de un Estado soberano.

Sin embargo, podríamos decir que algunos de los peores defectos del sistema liberal, como el autoritarismo político y la acumulación de las tierras en pocas manos, que destruyeron el anhelo democrático e igualitario y amenazaron de muerte a los pueblos y comunidades convirtiendo a muchos indígenas en peones de las haciendas, fueron previstos por algunos de los mayores ideólogos del liberalis-

3 años leyendo en libertad
mo que ofrecieron alternativas al dogma liberal mucho más
acordes con nuestra realidad; pero la utopía política de Fran-
cisco Zarco y las objeciones a las leyes liberales contrarias a
los pueblos hechas por Melchor Ocampo y Ponciano Arriaga
merecen su propio espacio.

Lo que hoy celebramos son los 150 años de la culmi-
nación del marco legal del Estado laico, moderno y auténti-
camente soberano.

Esperanza número equivocado

Elena Poniatowska

Esperanza siempre abre el periódico en la sección de sociales y se pone a ver a las novias. Suspira: “Ay, señorita Diana, cuándo la veré a usted así”. Y examina infatigable los rostros de cada una de las felices desposadas. “Mire, a esta le va a ir de la patada...” “A esta otra pue’ que y se le haga...” “Esta ya se viene fijando en otro. Ya ni la amuela. Creo que es el padrino...” Sigue hablando de las novias obsesiva y maligna. Con sus uñas puntiagudas —“me las corto de triangulito, para arañar, así se las había de limar la señorita”—, rasga el papel y bruscamente desaparece la nariz del novio, o la gentil contrayente queda ciega: “Mire niña Diana, qué chistosos se ven ahora los palomos”. Le entra una risa larga, larga, larga, entrecortada de gritos subversivos: “¡Hi! ¡Hi! ¡Hi! ¡Hiiii!”, que sacude su pequeño cuerpo de arriba abajo. “No te rías tanto, Esperanza, que te va a dar hipo”.

A veces Diana se pregunta por qué no se habrá casado Esperanza. Tiene un rostro agradable, los ojos negros muy hundidos, un leve bigotito y una patita chueca. La sonrisa siempre en flor. Es bonita y se baña diario.

Ha cursado cien novios: “No le vaya a pasar lo que a mí, ¡que de tanto me quedé sin ninguno!” Ella cuenta: “Uno era

3 años leyendo en libertad decente, un señor ingeniero, fíjese usted. Nos sentábamos el uno al lado del otro en una banca del parque y a mí me daba vergüenza decirle que era criada y me quedé silenciosa”.

Conoció al ingeniero por un “equivocado”. Su afición al teléfono la llevaba a entablar largas conversaciones. “No señor, está usted equivocado. Esta no es la familia que usted busca, pero ojalá y fuera.” “Carnicería ‘La Fortuna.’” “No, es una casa particular pero qué fortuna...” Todavía hoy, a los cuarenta y ocho años, sigue al acecho de los equivocados. Corre al teléfono con una alegría expectante: “Caballero yo no soy Laura Martínez, soy Esperanza...” Y a la vez siguiente: “Mi nombre es otro, pero ¿en qué puedo servirle?” ¡Cuánto correo del corazón! Cuántos: “Nos vemos en la puerta del cine Encanto. Voy a llevar un vestido verde y un moño rojo en la cabeza...” ¡Cuántas citas fallidas! ¡Cuántas idas a la esquina a ver partir las esperanzas! Cuántos: “¡Ya me colgaron!” Pero Esperanza se rehace pronto y tres o cuatro días después, allí está nuevamente en servicio dándole vuelta al disco, metiendo el dedo en todos los números, componiendo cifras al azar a ver si de pronto alguien le contesta y le dice como Pedro Infante: “¿Quiere usted casarse conmigo?” Compostura, estropicio, teléfono descompuesto, 02, 04, mala manera de descolgarse por la vida, como una araña que se va hasta el fondo del abismo colgada del hilo del teléfono. Y otra vez a darle esa negra carátula de reloj donde marcamos puras horas falsas, puros: “Voy a pedir permiso”, puros: “Es que la señora no me deja...”, puros: “¿Qué de qué?” porque Esperanza no atina y ya le está dando el cuarto para las doce.

Un día el ingeniero equivocado llevó a Esperanza al cine, y le dijo en lo oscuro: “Oiga señorita, ¿le gusta la nata-

ción?” Y le puso una mano en el pecho. Tomada por sorpresa, Esperanza respondió: “Pues mire usted ingeniero, ultimada y viéndolo bien, a mí me gusta mi leche sin nata”. Y le quitó la mano.

Durante treinta años, los mejores de su vida, Esperanza ha trabajado de recamarera. Sólo un domingo por semana puede asomarse a la vida de la calle, a ver a aquella gente que tiene “su” casa y “su” ir y venir.

Ahora ya de grande y como le dicen tanto que es de la familia, se ha endurecido. Con su abrigo de piel de nutria heredado de la señora y su collar de perlas auténticas, regalo del señor, Esperanza mangonea a las demás y se ha instituido en la única detentadora de la bocina. Sin embargo, su voz ya no suena como campana en el bosque y en su último “equivocado” pareció encogerse, sentirse a punto de desaparecer, infinitamente pequeña, malquerida, y respondió modulando dulcemente las palabras: “No señor, no, yo no soy Isabel Sánchez, y por favor, se me va a ir usted mucho a la chingada”.

(Tomado del libro *Cuentos mexicanos*, comp. Poli Délano
Ed. Andrés Bello)

Maciel vive

Sanjuana Martínez

Mientras los Legionarios de Cristo existan, Marcial Maciel vivirá. Su espíritu, su legado, su escuela, su sistema financiero perduran en la Orden que fundó. Y a pesar de los cambios recientes, el pederasta por antonomasia de la Iglesia Católica universal seguirá presente en el Vaticano gracias a la razón más antigua del mundo: el dinero. El capítulo financiero de la Legión de Cristo sigue celosamente guardado por la Santa Sede, pero es la clave de la permanencia absoluta de Maciel y sus cómplices en el Reino de Cristo a pesar de los cambios de la cúpula sucesoria para el 2014, anunciada hace unos días como el punto final de la supuesta refundación de la Orden. “La Legión es la única multinacional mexicana en el mundo de la religión”, dice Luis Garza Medina, vicario general de los legionarios quien acaba de anunciar que dejará su cargo junto al actual director, Álvaro Corcuera, y otros discípulos cercanos y cómplices de Marcial Maciel. Es la forma que ha encontrado el Vaticano para intentar cerrar el capítulo pestilente del fundador. La esperada “Comisión de la Verdad” para investigar los crímenes del fundador no llegará nunca. Quienes creyeron en la voluntad del Papa Benedicto XVI de

hacer justicia y ofrecer reparación a las víctimas de Maciel, estaban equivocados. A partir del 1 de agosto, Garza Medina, perteneciente a la familia regiomontana dueña del Grupo Alfa, se hará cargo de la demarcación de la congregación en Estados Unidos. Es el gran cerebro financiero de Legión y ha concedido una entrevista a National Catholic Register donde asegura que hasta 2006 conocieron la doble o triple vida de su fundador, sus hijos y sus crímenes sexuales: “Nunca tuve una relación con el padre Maciel... Nunca permitió a nadie entrar en su vida. Yo ni siquiera tenía su celular”. Difícil de creer. Las mentiras son endémicas en la Legión. Para justificar al fundador de los Legionarios de Cristo, el Papa Ratzinger también ha sido capaz de todo, no sólo de protegerlo durante décadas, sino de justificar sus actos y los delitos de otros agresores sexuales con sotana. La “pedofilia” ha dicho, no ha estado “totalmente condenada por la sociedad” durante mucho tiempo. De hecho, asegura que las relaciones con niños se veían como algo normal: “En los 70, la pedofilia se consideraba, teóricamente, como una relación si había conformidad por parte del adulto y del menor”, dijo Benedicto XVI. Con estas declaraciones, el Papa intenta evadir la responsabilidad de la Iglesia en miles de casos de abuso sexual de sacerdotes. De esa manera, protege el patrimonio de la Iglesia católica y evita pagar las compensaciones económicas derivadas por estos crímenes sin castigo ni reparación, considerados de lesa humanidad. Sólo la Iglesia estadounidense ha gastado más de 2,000 millones de dólares en pagos a las víctimas del clero pedófilo y está en banca rota. El pontífice quiere evitar que cunda el ejemplo y por eso se concreta a recomendar a los sacerdotes del mundo que “reparen en la

medida de lo posible las injusticias que han ocurrido y ayuden a las víctimas a recuperar el mensaje cristiano”. Nada de justicia y reparación. Los dineros de Dios, por tanto, están a salvo. Y particularmente, los dineros de los Legionarios de Cristo, una de las Órdenes religiosas que más aportan a la Santa Sede. La vista gorda de Ratzinger y Juan Pablo II frente a los delitos de Maciel se entiende con base en los 650 millones de dólares que generan anualmente los Legionarios de Cristo. A pesar de los crímenes deleznable de Maciel cometidos contra decenas de niños e incluso sus propios hijos, la Obra se consolida financieramente. Cuenta con el apoyo de millonarios. Los grandes sostenedores de la Legión de Cristo siguen siendo casi los mismos que la ayudaron a nacer y crecer, especialmente las familias de la oligarquía regiomontana: Carlos Slim, los Azcárraga, Romo Garza, de Grupo Pulsar; Servitje Sendra, de Bimbo; Maldonado Elizondo, de Copamex; Gutiérrez Muguerza, dueños de DeAcero; Garza Sada, dueña de Vitro; Garza Lagüera, propietaria de Femsa; Garza Medina, del Grupo Alfa; Elizondo Lozano de Banca Serfin; Elosua Muguerza, de Lamosa; Elizondo Treviño de Seguros Monterrey; Santos de Hoyos de Gamesa; Lobo Morales, de Arka; Zambrano Treviño, de Cemex; Canales Clariond, antiguos dueños de IMSA; Sada Zambrano, anteriores propietarios de Cydsa; Lankenau Rocha, del Grupo Financiero Abaco-Confia... y otros como los Maldonado, Muguerza, Fernández, Elizondo, Lagüera, Hinojosa, Salinas, Rocha, Treviño, González, Medina, Hernández, Canales, Páez, Margáin, Lobo, Maíz, Stelzer, Barragán, García, Narro, Romo... Ser legionario sigue siendo para muchos motivo de orgullo y de estatus económico. Prefieren olvidar o ignorar los delitos sexuales del fundador

y la cadena de pederastia enquistada dentro de la Orden. Las víctimas de Maciel son ahora los que dirigen la Legión. Abusados que muchas veces se convierten en abusadores. Pero sus defensores dicen que una cosa es la Obra y otra, la vida de un pederasta, drogadicto y malversador de dinero que la fundó. La Legión de Cristo no opera como una congregación religiosa. Es un holding empresarial con inversiones en Bolsa y cuentas bancarias en paraísos fiscales. Tiene decenas de denominaciones sociales, asociaciones civiles, compañías... Los abundantes recursos del Regnum Christi son manejados por Garza Medina a través del grupo Integer Ethical Funds (IEF). Tienen 15 universidades donde estudian los hijos y nietos de la burguesía mexicana, estadounidense o española. Además, cuentan con 177 colegios en el mundo y 50 centros universitarios bajo la denominación de Interamericana de Desarrollo. Los legionarios tienen varios métodos de recaudación de caudales. Nelly Ramírez Mota Velasco, autora del libro *El reino de Marcial Maciel. La vida oculta de la Legión y el Regnum Christi*, desvela el mundo de terror que viven las Consagradas de la Obra y también el manejo turbio de las donaciones de la Orden: "Lo recaudado en las obras de cada territorio puede variar de unas zonas a otras. Así, los territorios de México y Monterrey pueden sobrepasar los 20 millones de dólares anuales, pero Chile y Argentina apenas llegarían a los 10. Del mismo modo, en el montante de gastos, Italia sería uno de los que más gastan, por encima de los 30 millones, seguido de España, que ronda los 20". Entre los múltiples sistemas de donaciones que manejan, existe el programa Pro-Beca para seminaristas: "La señora Adriana Lemus es la encargada de recoger ese dinero en el territo-

3 años leyendo en libertad
rio de México. Mensualmente lo entrega a la administración territorial y ese dinero lo recibe una sociedad que, a su vez, lo envía a Estados Unidos, a las cuentas de tres sociedades constituidas en ese país. Estas sociedades entregan después el dinero a Roma en forma de distribución de dividendos de sus socios”. La salud financiera de los Legionarios de Cristo permite seguir entregando grandes cantidades a la Santa Sede y al Papa Ratzinger y ofrecer costosos regalos a Cardenales, Obispos y miembros de la Curia. Al César lo que es del César y al Vaticano lo que es de Dios. Con tanto dinero, el futuro es previsible: larga vida a los Legionarios de Cristo y a su fundador pederasta, Marcial Maciel.

(Publicado por sinembargo.com.mx, 25 de julio 2012)

La campaña rosa

Jóse Alfonso Suárez del Real

Estas elecciones contaron con una variante poco señalada por analistas y políticos, se trata de la campaña rosa, consistente en la inserción de publicidad subliminal en las revistas del corazón, como acreditan varios publireportajes, entre los que destaca la inserción de 26 planas y la portada dedicada a la Gaviota, Angélica Rivera de Peña bajo el sugerente y triunfalista título de “De Primera Actriz a Primera Dama”, publicada por la edición mexicana de la revista *¡Hola!* el mismo 1 de julio, consecuentemente impresa días antes de la propia jornada electoral.

Antecedió a este publireportaje el publicado en la popular revista *TVNotas* de fecha 26 de junio, en cuya edición se incluyó un reportaje de 4 páginas bajo el largo título de: “A dos años de su boda con Enrique Peña Nieto, Angélica Rivera pasó de heroína de telenovelas a una de la vida real”, a través del cual se da cuenta puntual de la campaña electoral del candidato a través de emotivas fotos familiares.

Estas inserciones como publireportajes costaban en tarifa comercial cerca de 5 millones de pesos y son tan sólo dos de los cientos de reportajes en revistas de espectáculos y del corazón. ¿Quién los pagaba?

(Tomado del folleto *Fraude 2012*, Ed. por MORENA)

Loves

Paco Ignacio Taibo II

¿Qué podía haber más romántico sobre el asfalto que los atardeceres rojos de humo de las fundidoras, que brillaban chiquitos en sus ojos? ¿Dónde había más ternura que en el frío esquinero arracimados esperando el quejumbroso camión? ¿Cuáles fajes más ardorosos que los del último asiento de un pesero rumbo a La Villa, sabiendo que sólo había que evadir la luz de neón cada quince segundos, y teniendo los siguientes catorce para explorar la piel? ¿Cómo comparar otros amores al amor con miedo que pasaba en la mano sudada cuando el horizonte se azulaba de policías montados sable en mano?

Eran historias de amor de películas que nunca se harían. Loves sin las letras traduciendo, en la parte inferior de la pantalla de la tele; novelas de realismo socialista que nadie escribiría, porque por aquel entonces al gordito no le había entrado la fiebre de ponerse a jugar con nuestro pasado en nombre del sagrado testimonio.

¿Eran nuestras historias de amor las historias? O tan sólo accidentes en un decorado que se movía y constituía la verdadera esencia del asunto? Era difícil saberlo y bastante inútil preguntarlo. Formaban parte de una realidad que nos zarandeaba acortando los días y los meses, obligando

a vivirla y no pensarla. Allí, recordar era un oficio político que tenía que ver con repetir los mismos errores con más gracia, más estilo y mejor complejo de culpa. Éramos entonces unos, no había tiempo para ser dos: nosotros y nuestros fantasmas en uno mismo. Un esquizofrénico es alguien que tiene libres las tardes.

Pero esto lo pienso ahora que soy varios, y puedo verme y vernos, y permitir que mis historias se mezclen con otras y se deshilvanen y hasta se hagan parte de leyendas.

Ahora puedo contar aquellas historias de amor que tenían orquesta sinfónica interpretando La lucha de clases en el fondo. ¿Amores wagnerianos? Chopin en la colonia La Presa puteado por el eterno aroma del fango químico. Manzanero-Kropotkin. Unos ojos ardiendo en otros ojos en una lonchería donde la rocola hacía sonar *La Marsellesa*.

Entonces no podía contarlas. Porque contar y vivir eran demasiadas cosas para hacer en un mismo tiempo.

Ahora puedo escoger en el archivo de los falsos recuerdos, entre amores clandestinos que nunca tuvieron tiempo para entrar en la orden del día, amores que se pelearon en los vaivenes del desencuentro de estaciones del metro, amores culeros e ilegales que practicaban el orgasmo tras la puerta del closet ajeno, amores tan apaches que ni los apaches nos los creíamos; amores de Lelouch + Lenin + Le Carré (amores de las tres eles), vividos en el cuarto de azotea donde Paloma y yo tropezábamos al despertar, al leer, al cocinar, al tropezar y nos queríamos siempre de cerca porque en un cuarto de 9 metros cuadrados no se ha inventado la distancia.

Ahora puedo escoger y tengo la tentación de contar historias de amores imposibles, porque lo imposible era la esencia de aquellos días. Como aquél que vuelto esquema diría: ella: obrera de una fábrica de pantalones, madre soltera, casi había acabado la primaria, la más dura mujer de todas ellas, que ponía a temblar al patrón cuando subía las escaleras de metal encabezando al comité de huelga; ella: caderas anchas y trenza negra, ojo rasgado y mirada medio fiera, que echaba los pechos por delante cuando quería convencer o cuando quería querer a sus amigos. Y él, con doctorado en la Sorbona (¿era eso una fábrica de quesos?) que tenía problemas con la almohada (la necesitaba grande y pachona o la noche se le iba en el insomnio) y era paciente. Ellos, en el final de las reuniones quedándose una hora más para limpiar el cuarto, para dormir a la niña, para contarle él a ella cómo eran las calles del distrito quinto de Barcelona y ella a él cómo funcionaba una máquina overlock. Ellos tomando café sin azúcar para no tener que salir al pasillo y pedirlo a los vecinos. Ellos, que nunca se tocaron más allá de la mano y eso a veces.

¿Qué mejores historias de amor que aquellas? ¿Qué más romántico que el atardecer del barrio chinguiñoso con el sol rojo rasurando las azoteas y Lucha Villa en un *stereo* al que le faltaba una de las bocinas?

¿Qué amores más absolutamente totales que aquellos? Cuando ella subida al poste de la luz les gritaba a las que iban saliendo de la fábrica que había que ir a la huelga, y él la miraba al pie del poste y sus miradas se cruzaban tan cargadas de amor que casi dolía a los que los mirábamos mirarse. ¿Qué más amor que aquél? La huelga se ganó, a ella

Antología
la despidieron, él se fue a trabajar a diez mil barrios de distancia, a doscientas huelgas de tiempo separándolos.

Y nunca se lo dijeron.

(Tomado del libro *El regreso de la verdadera araña*,
Ed. Joaquín Mortiz)

Thelma Nava

Mujer inconveniente

Definitivamente no, señora mía,
usted no es la mujer que conviene a su marido.
Carece de imaginación
utiliza el gastado lenguaje de las mujeres
de nuestros abuelos.
Alterna las visitas a los supermercados
con las telenovelas
y espera con la crema puesta la cuota semanal del amor.
Y, sobre todo,
usted no sería capaz de compartir a su marido como lo
hago yo
tranquila y resignadamente con usted.

Telegrama

Un beso urgente
para sobrevivir
en el silencio
al que nos obligan.

En México, donde tu fuego tampoco podrá extinguirse

Al Comandante Ernesto Che Guevara

Será porque hoy tu fotografía junto a mí
es una lámpara de fuego
y ha venido un poeta de España que persigue tus
pasos

por la calle de Nápoles de la Ciudad de México.

Será porque duermes entre peces de tierra
y no hay una paloma sobre tu pecho
y tu espalda se ha quedado en silencio.

Porque estás un poco más cerca de nosotros
y una rosa de estaño aparece desnuda entre tus
manos.

Será porque no tengo tu mancuernilla derecha
ni fui la maestra que habló contigo
a la que corregiste los acentos
en la pequeña escuela de Camiri.

Yo sólo soy una mujer que tiembla cuando dice tu
nombre.

Dialéctica

El tirano amenaza y apresura las ejecuciones.

Luego tiende la mano.

Acelera —él no lo sabe—

el proceso irreversible de la historia.

Cumpleaños

Víctor Luis González

En su cumpleaños halló el otro lado del espejo mientras perseguía un conejo que se quejaba de la hora, de que el tiempo nunca era suficiente cuando era consumido entre dos en un país de maravillas al revés en un Centro Histórico que no existe para nadie más, un lugar único al que llevan los caminos amarillos de una película de la mamá de Liza Minelli donde bailan por su cuenta los juegos de té alrededor de pasteles con números de cera donde los hornos refrigeran helados calientes y los orgasmos marean y a veces los grillos entran en la mente del deseo los números de cera festejan y andan sobre la mesa con los pies llenos de merengue y no está el gato de Alicia para lamer las manchas festejan los objetos, las letras, las mariposas de los estómagos, las novelas sin escribir, los libros sin leer, la tele sin imágenes, el hormiguero dentro de los miembros de quien la estuvo esperando esa mañana antes de que ella, en su cumpleaños, encontrara el otro lado del espejo donde celebraría con él y serían el animal de ocho patas de Shakespeare antes de sentir su cuello aprisionado y de que la cortara en pedazos, la dejara en la calle, en cada esquina, se la comieran las ratas y nunca más viera transcurrir otro año.

Nuestra primera canción de amor

Armando Vega- Gil

Llegué a los catorce años con el himen de mis oídos intacto: ninguna música había logrado romper su dique tempranamente esclerótico. Mi cabeza hueca estaba aislada de ruidos y emociones, y yo, huérfano de mariposas en la panza, era incapaz de relacionar melodía alguna con los recuerdos que debí atesorar en mi memoria juvenil. Hasta entonces no había vivido, que ya lo dice el dicho: «Vivir no es lo mismo que durar».

Llegué a los catorce con mi pizarrín casto. Peor aún, no recuerdo preerección alguna, salvo esa vez en que, en regresando de un día de campo lluvioso, me sentaron con todo y primas, muy apretaditos, en el asiento trasero del carro. Si tan sólo hubiera una canción que me llevara de regreso al asiento pegosteoso del Vocho... Pero el episodio aquél fue un puro silencio, y hoy se me va de las entendederas.

Llegué a los catorce a vivir a una unidad habitacional perdida, lejos de todo; lejos de los amigos que en un par de años olvidaría para siempre; sin ganas de resignarme; huyendo de no sé qué miserias monumentales.

Cuatro departamentos encima del mío, vivía un chavo de mi edad que estudiaba piano y jugaba fut. Era Ramoncito, le daba a la *Polonesa Heroica* y era campeón de goleo. Güerito, todas las morritas querían con él. Yo, en cambio, no sabía nada de música —jamás pude entrar al coro de la secu porque desafinaba como perro atropellado—, era un torpe para patear el balón, estaba prieto, barroso y las muchachas se burlaban de mí por cursi y autista. De entre las que más se encarnizaban contra mí estaba Hilda, la hermana de Ramón, y tanto más se burlaba ella de mí, más me enamoraba yo de sus mejillas siempre coloradas.

Para colmo de lo inalcanzable y la admiración, Ramón era un rebelde. Su maestra de piano lo obligaba a estudiar a Chopin y él ponía, por sus tamaños, piezas de los Beatles. ¿Beatles? Sí, y me enseñaba sus libros con las partituras de *Michelle* y *Strawberry fields*. Tenía un libro de pastas blancas para los primeros álbumes —*A hard day's night*, *Meet the Beatles*, *Help!*—, y uno negro con el material más ácido. —*Magical Mystery Tour*, *El Álbum blanco*, *Abbey Road*. Mis tímpanos comenzaron a ceder, y el pizarrín me punzaba cada que, de reajo, miraba los calzones con holanes de Hilda.

Un día, Ramón me mostró su joya más querida: el disco de *La Banda de Corazones Rotos del Sargento Pimienta*. El plato de vinilo no tenía surcos para separar una rola de otra y, al final de *Un día en la vida*, se escuchaba un planazo que duraba una eternidad. Ramón le subió al tocadiscos y el edificio se cimbró. Hilda, que pensaba que su hermano estaba solo, salió furiosa de su cuarto, en chones, para reclamarle que le bajara. Al verme, lanzó un grito de asco, «¡aaah!», y huyó avergonzada. Muerto de risa, Ramón accedió a pres-

tarme el *Sgt. Pepper's*. Yo entré a su baño fingiendo hacerme chis y, con el corazón latiéndome mortal en la garganta, esculqué la canasta de ropa sucia. Encontré lo que buscaba: un calzón con holanes... Olía a ropa amontonada, tenía una mancha amarillenta en el refuerzo y era terso como la piel de Hilda.

Bajé deprisa a mi casa. Puse a todo volumen el disco amado y, llevado por la mano de Dios, me desnudé y comencé a acariciarme con aquellos calzones sucios. Cuando llegó *She's leaving home*, un terror místico se concentró en el centro de mi pajarillo, y brotó el jugo amargo de todas mis frustraciones, de todos mis deseos. «¡Hildaaaaa!», grité, y Paul McCartney gimió conmigo: «Bye, bye».

Escondí los calzones bajo mi colchón.

Al otro día, por la tarde, vi salir a Hilda del brazo de un chico rubio que la pasearía en su carro para hacerse, en un par de minutos, novio de mi amada. Lloré. Fui por sus *blúmers* bajo mi colchón y estos eran una inmundicia acartonada. Quise oír *She's leaving* y, con gran torpeza, rayé el disco de mi amigo, ¡fuiiiic!

Llegué a los catorce años, y Ramón dejó de hablarme hasta que no le pagué con mis domingos su disco L.P.; Hilda se ensañó conmigo cada vez más y, al año siguiente, embarazada, tuvo que casarse por la fuerza; y yo, por fin, guardé en mi cabeza una historia de amor pisoteado junto a una canción que jamás olvidaría: Ella se va de casa, adiós, adiós.

(Tomado del libro *Cuenta regresiva y otras fábulas*, Ed. Ediciones B)

El mal fotógrafo

Juan Villoro

Recuerdo a mi padre alejarse del grupo donde se servía limonada. En las playas o los jardines, siempre tenía algún motivo para apartarse de nosotros, como si los niños causaríamos insolación y tuviese que buscar sombra en otra parte.

Puedo ver su cara recortada en el quicio de una puerta, fumando con desgano, con la rutina parda del adicto que hace mucho dejó de disfrutar el vicio. Nunca se quitaba la corbata.

Para él las vacaciones eran el momento en que se manchaba la corbata y no le importaba. Sólo se ponía otra al volver al trabajo.

Supongo que nunca se adaptó a nosotros. Nos tomaba en cuenta con la calmosa dedicación con que alguien deja caer gotas azules en un acuario.

También el verdadero sol lo molestaba. Le sacaba pecas en los antebrazos, cubiertos de vellos rojizos. No era un hombre de intemperie.

Lo único que disfrutaba de las vacaciones era el trayecto, las muchas horas a bordo del coche. Entonces cantaba

Antología
una canción sobre un caballo de carreras. Aunque el caballo perdía siempre, su voz sonaba feliz y libre. Una voz hecha para el camino.

Distanciarse estaba en su carácter. Nunca lo vimos tomar una fotografía, pero las fotos que encontramos muchos años después deben ser suyas. Estuvo suficientemente cerca y suficientemente lejos de nosotros para retratarnos. Lo imagino con una de esas cámaras que se colgaban del hombro y tenían estuche de cuero.

Las fotos recogen jardines olvidados y casas donde tal vez dormimos una noche, en camino a otra parte. Entonces éramos más rubios, más blancos, más antiguos. Una época pálida, antes de que la fotografía a color se volviera enfática. A mi padre le iban bien esos tonos indecisos, donde un coche azul parecía más gris de lo que era.

Nadie guardó las fotos en un álbum, tal vez porque eran malas, tal vez porque pertenecían a una época que se volvió complicado recordar.

En las tomas aparecen objetos que sólo a mi padre le hubiera interesado retratar. Las bancas, los postes de luz, los tejados, los coches —sobre todo los coches— sobreviven mejor que nosotros. Ciertas fotos oblicuas o movidas parecen tomadas desde un auto en movimiento.

El dato final y decisivo para asociarlas con mi padre es que después no hubo otras. Una tarde subió a su Studebaker y no volvimos a saber de él.

Las fotografías aparecieron en un desván, dentro de una maleta con correas, estampada con nombres de hoteles a los que no fuimos nosotros. Supongo que las dejó ahí para que lo conociéramos de otro modo, para que supiéramos lo

3 años leyendo en libertad mal fotógrafo que había sido, cuán frágil era su pulso, la falta de concentración que determinaba su mirada. Un detective a sueldo hubiera hecho mejor trabajo.

¿Es posible que el autor de las fotografías sea otro? No lo creo. La torpeza, el desapego, la atención vacilante son una firma clara.

De mi padre sabemos lo peor: huyó; fuimos la molestia que quiso evitarse. Las fotos confirman su dificultad para vernos. Curiosamente, también muestran que lo intentó. Con la obstinación del mediocre, reiteró su fracaso sin que eso llegara a ser dramático. Nunca supimos que sufriera. Ni siquiera supimos que fotografiaba.

Hubo un tiempo en que vivimos con un fotógrafo invisible. Nos espiaba sin que ganáramos color. Que alguien incapaz de enfocar nos mirara así, revela un esfuerzo peculiar, una forma secreta del tesón. Mi padre buscaba algo extraviado o que nunca estuvo ahí. No dio con su objetivo, pero no dejó de recargar la cámara. Sus ojos, que no estaban hechos para vernos, querían vernos.

Las fotos, desastrosas, inservibles, fueron tomadas por un inepto que insistía.

Una tarde subió al Studebaker. Supongo que cantó su canción del caballo, una y otra vez, hasta que en un recodo solitario ganó, al fin, una carrera.

Vino

José Luis Zárate

Él le sostuvo el pelo mientras vomitaba. Ella se limpió la boca con el dorso de la mano, embarrando lápiz labial y restos de comida en la barbilla.

—Estoy bien, estoy bien— decía con voz pastosa, mientras intentaba ponerse de pie. Empresa imposible con esas zapatillas de aguja. Se las quitó, irritada, y logró hacer una larga carrera en su media. El sonido del baile se escuchaba aún, y ella intentó dar un par de pasos. Él la sostuvo y el hedor estuvo a punto de obligarlo a soltarla. Tan hermosa que se había visto al entrar... Pero era claro que no tenía resistencia para el vino.

—Sostenme esto— le dijo al darle los zapatos, mientras, coquetamente, trataba de arreglarse el pelo enmarañado. Miró su reloj, y se puso tensa, se soltó de él, trató de meter todas sus cosas en la pequeña bolsa y dijo que era hora de marcharse.

—Debo ir antes de las 12 —dijo, eructando. —No quiero que me veas cuando se acabe la magia.

Índice

Mónica Lavín	
Secretos a voces.....	5
Agustín Sánchez González	
Metro Balderas.....	9
Armando Bartra	
La trayectoria política de Ricardo Flores Magón.....	12
Bernardo Fernández BEF	
1873.....	15
Jorge Belarmino Fernández	
Tiempo de guerra.....	19
Benito Taibo	
Nos iremos despacio.....	22
Luis Tomás Cabeza de Vaca	
Ya vienen por mí.....	24
Marco Antonio Campos	
Julieta.....	29
Carmen Aristegui	
La ira de octubre.....	32
Claudia Guillén	
“El Horla” y sus correspondientes otreddades.....	35
Cristina Pacheco	
El último adiós.....	38
Héctor Díaz Polanco	
El Desafuero.....	43
Eduardo Langagne	
Poesía.....	46
Epigmenio Ibarra	
Razones para someter a juicio a Calderón.....	48
Laura Esquivel	
En torno al fuego.....	52

Rafael Barajas “El Fisgón”	
Caricatura.....	55
Fritz Glockner	
De seguro.....	57
Juan Gelman	
Otras partes.....	63
Guadalupe Loaeza	
La culpa es de las mujeres inteligentes.....	66
Rogelio Guedea	
Cortometraje.....	72
Francisco G. Hagenbeck	
Esperando a Liz.....	73
Luis Hernández Navarro	
Diario de un marchista.....	75
Rafael Ramírez Heredia	
Paloma Negra.....	82
Helguera	
Caricatura.....	87
Saúl Ibargoyen	
Poesía.....	89
José Emilio Pacheco	
Poesía.....	92
Jenaro Villamil	
La insurgencia en las redes sociales.....	94
Jorge Moch	
Breve historia de un balazo.....	100
Helio Flores	
Caricatura.....	103
Julia Rodríguez	
Sabios amantes.....	105
Leo Eduardo Mendoza	
Lluvias.....	107
Hernández	
Caricatura.....	111
Eugenio Aguirre	
San coche.....	113
Huidobro	
Caricatura.....	117
Mariluz Suárez	
El tiro por la culata.....	119
Carlos Monsiváis	
La vanguardia con sentido del humor.....	120
Carlos Montemayor	
Poesía.....	123
Eduardo Monteverde	
Poesía.....	125

Eduardo Mosches	
Duelo.....	127
Humberto Musacchio	
Paseo de la Reforma.....	128
Óscar de la Borbolla	
Todo está permitido.....	131
Óscar de Pablo	
Éramos ratones.....	133
Francisco Pérez Arce	
Ecos del 68.....	135
Eduardo Antonio Parra	
El último round.....	138
Pedro Salmerón	
Las Leyes de Reforma.....	141
Elena Poniatowska	
Esperanza número equivocado.....	147
Sanjuana Martínez	
Maciel vive.....	150
José Alfonso Suárez del Real	
La campaña Rosa.....	157
Paco Ignacio Taibo II	
Loves.....	158
Thelma Nava	
Poesía.....	162
Víctor Luis González	
Cumpleaños.....	164
Armando Vega-Gil	
Nuestra primera canción de amor.....	165
Juan Villoro	
El mal fotógrafo.....	168
José Luis Zárate	
Vino.....	171

Descarga todos los libros que hemos publicado en:

www.brigadaparaleerenlibertad.com

Los derechos de autor de la presente antología han sido cedidos gratuitamente por los autores para una única edición. Agradecemos enormemente este gesto de solidaridad.

Este libro se imprimió en la Ciudad de México en el mes de enero de 2013.

El tiraje fue de 1,000 ejemplares para su distribución gratuita y es cortesía Para Leer en Libertad AC.

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.